

Así hablaron los mercados

Los grandes conceptos económicos no pueden separarse del entorno en el que nacen, por eso es fundamental plantearse hasta qué punto la realidad y su consecuente momento económico han tenido su reflejo en las obras literarias.

Ignacio Pilonetto, *Cuando la literatura y la economía hablan el mismo idioma*

CON ARMAS DE GUERRA, AYER UN CAMBISTA FUE ASESINADO [...] Ariel Luciano Duré Soto se disponía a abordar un taxi cuando fue cercado por hombres armados con fusiles de guerra tipo M-4, quienes sin mediar palabras lo acribillaron e inmediatamente se dieron a la fuga en un Honda, color oscuro, sin chapa. [...] La muerte de Duré Soto es todo un misterio para la Policía, aunque por la forma violenta con que se perpetró el homicidio, se trataría de un ajuste de cuentas, se informó.

La Nación de Paraguay, 25 de octubre de 2016

La verdad es que mucha gente nos viene a consultar preguntándonos en qué pueden invertir. Y uno tiene que callarse la boca para no decirle: compre dólares.

Senador Dardo Ortiz, 3 de agosto de 1972,
Comisión de Constitución y Legislación. D.S.C.S., N° 71, T. 279, p. 375¹.

La historia es importante para saber lo que sucedió en el pasado, pero también para entender la sociedad presente y proyectarla al futuro. Los libros de historia nos ayudan a retratar esas sociedades. Pero además los buenos libros de historia suelen estar enriquecidos por *historias*. Los grandes acontecimientos políticos, hasta los usos y costumbres que incidieron en el devenir de nuestra historia fueron forjados por hombres y mujeres de carne y hueso; en muchos casos con vidas públicas, y en todos los casos con vidas privadas. La infancia y juventud de Juana de Arco, Enrique VIII, Napoleón, Artigas o Lenin (por poner algunos ejemplos), su ascendencia social, formación, personalidad, anécdotas y hechos fortuitos que torcieron su destino, son variables que ayudan a lograr un conocimiento más cabal de las eras que ellos mismos contribuyeron a forjar. Nos gusta conocer sus vidas, del mismo modo que nos gusta conocer cómo era la vida cotidiana

¹ El epígrafe es tomado de *Historia institucional del Banco Central del Uruguay*, Banda, De Brun, Moraes y Oddone.

de las personas anónimas hace decenas o cientos de años para comprender el funcionamiento de las sociedades. Es aquí donde la literatura constituye un hermoso vehículo para aproximarse a la historia precisamente por eso, porque allí se narran historias. El género de la novela histórica dio lugar a grandes libros². En lo personal, aprendí mucho sobre la antigua Roma cuando leí el clásico *Historia de Roma* de Indro Montanelli, pero no puedo decir que haya aprendido menos sobre los primeros emperadores de la dinastía Julio-Claudia con la novela *Yo, Claudio* de Robert Graves, por cierto, más disfrutable. Los aprendizajes sobre el Antiguo Egipto durante el gobierno de Akenatón hubieran quedado en agua de borrajas con la lectura de libros de texto académicos, pero no fue así gracias a la lectura de *Sinuhé, el egipcio* de Mika Waltari (¡nunca me hubiera imaginado que la técnica de la trepanación craneal se remontaba a aquella época!). Posiblemente ningún libro de historia haya retratado el clima social en Rusia durante las invasiones napoleónicas de forma tan elocuente como *Guerra y paz* de Tolstoi. En su novela *Beloved*, la ganadora del premio Nobel Toni Morrison se centra en una historia microscópica para retratar la inmensa tragedia de la esclavitud en Estados Unidos. La riquísima historia del Siglo XX es tan vasta que miles de libros académicos pueden llenar bibliotecas enteras; una alternativa menos rigurosa pero también más placentera es abordar este período a través de la trilogía *The Century* del autor británico Ken Follett donde recrea las peripecias de distintas familias en Europa Occidental, Rusia y Estados Unidos. La historia uruguaya también fue abordada por la literatura. La expresión más clásica es *La tierra purpúrea* de William Hudson, muy ponderada por Borges y hasta por un lejano Hemingway, donde se recrea vívidamente el Uruguay pastoril y caudillesco del Siglo XIX. Y así podría seguirse citando ejemplos hasta el infinito.

Por lo tanto, la ficción y la literatura muchas veces se han apoyado en la historia. El vínculo entre la literatura y la economía es menos frecuente, aunque también existe. Como lo veo, hay dos tipos de aproximaciones que no tienen por qué transitar por carriles paralelos. Una de ellas está más vinculada al género de la “novela social”; consiste en recrear una trama ambientada en un entorno asociado a un modo de producción que rige un orden social específico. El ejemplo primigenio es *Oliver Twist* (1838) publicada por Charles Dickens en los albores de la Inglaterra victoriana ya mundialmente consolidada como el Imperio Británico, cuando se comenzaba a

2 El de la novela histórica se trata de un género en el cual el lector debe estar alerta, pues el autor suele verse tentado a tomar licencias mezclando la realidad con la ficción, lo cual puede dar lugar a una interpretación maniquea de los hechos.

recoger los frutos del aumento vertiginoso en la producción material de bienes de la mano de la Revolución Industrial. Si bien es indudable que el nivel promedio de vida aumentó de manera significativa, la brecha entre ricos y pobres también era muy marcada. En la ficción de Dickens, las aventuras del pequeño Oliver dejan de manifiesto los costados oscuros de esta sociedad en apariencia tan próspera y puritana, como el trabajo infantil (los niños trabajaban entre catorce y dieciséis horas diarias por un salario de menos de la mitad que el de un trabajador adulto) o el aumento de la delincuencia urbana vinculado al fenómeno de la migración del campo a la ciudad. En un tono más moral que político, se deja un acongojante retrato de los orfanatos y casas de pobres, instituciones públicas creadas a instancias de la reforma de las cuestionadas Leyes de Pobres de 1834. Años más tarde, Dickens publicó otra contundente novela social: *Tiempos difíciles* (1854) que encierra una denuncia al utilitarismo dominante de la época (el rígido y práctico Thomas Gradgrind está inspirado en el filósofo propulsor de la doctrina Jeremy Bentham) así como al modelo de producción industrial reflejado en la indicativa ciudad ficticia de «Coketown».

El otro enfoque de aproximación literaria es el de las crisis económicas y sus secuelas. Un lector interesado en el estudio de la Gran Depresión en Estados Unidos durante la década de 1930 cuenta con abundante material histórico, estadísticas y análisis académico para estudiar sobre la gestación de la crisis, cómo se manifestó y cuál fue el impacto económico de la sociedad americana en términos de desempleo y pobreza. Quien quiera aproximarse por el lado de la literatura, puede leer *Las uvas de la ira* (1939) de John Steinbeck, donde se narran los padecimientos de la familia Joad, unos pequeños productores agrícolas en Oklahoma cuya cosecha de maíz se ve afectada severamente por una sequía y deben abandonar la tierra que habían trabajado toda su vida ante la imposibilidad de pagar el arrendamiento. La familia inicia una triste peregrinación por la Ruta 66 hacia California, con la esperanza de ser empleados en la recolección de uvas y cítricos. Al llegar se alojan en un “Hooverville”: una villa o asentamiento irregular como tantos otros que proliferaron durante la Gran Depresión³. Azotados permanentemente por el hambre, también se ven sometidos a las leyes de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo conforme a las cuales el desempleo puede llevar a una caída de salarios incluso hasta niveles mínimos de subsistencia. Jim Casy (amigo de los Joad) pretende organizar una huelga sindical y muere en una manifestación reprimida que

³ El término “Hooverville” fue acuñado en dudoso honor al presidente Herbert Hoover que gobernó entre 1929 y 1932. Hoover se transformó en uno de los presidentes más impopulares de la historia de Estados Unidos por haberle tocado gobernar durante la Gran Depresión.

deriva en violencia, mientras el protagonista Tom Joad termina prófugo por asesinato en defensa de Casy. El relato de este drama familiar permite múltiples interpretaciones económicas sobre la naturaleza de la Gran Depresión. La crisis del sistema financiero con corrida de depósitos significó una brutal contracción del crédito bancario, al cual ya no pueden apelar los Joad para mantener el pago de la renta por el uso de las tierras durante la sequía. Por otra parte, el capítulo que refiere a la puja de salarios a la baja para poder conseguir un empleo en medio de tanta desocupación da lugar a la visión keynesiana de que la reducción de salarios nominales no sólo no elimina el desempleo, sino que puede tener como efecto la profundización de la depresión económica, pues dicha caída llevará a una menor demanda de bienes que provoca deflación, y por tanto los salarios reales no bajan en la magnitud requerida para eliminar el desempleo⁴.

Muchos economistas han escrito sobre la hiperinflación alemana durante la República de Weimar, pero tal vez ninguno reflejó el impacto psicológico y social de semejante fenómeno como Thomas Mann en *Desorden y dolor precoz* (1925). La inflación es dañina no sólo por los aumentos de precios en sí, sino también porque dichos aumentos se producen de forma desordenada generando volatilidad de precios relativos, incertidumbre, y pérdida de referencia sobre el valor económico de los bienes. En una hiperinflación aguda esa volatilidad llega al paroxismo y puede desplazarse hacia una alteración de los valores morales; así lo refleja Mann en el transcurso de la jornada de una familia de clase media alta en decadencia.

Un ejemplo mucho más reciente es el de la crisis de las hipotecas *subprime* acaecida en 2008 en Estados Unidos que corrió serio riesgo de transformarse en una segunda Gran Depresión con propagación en todo el mundo. Los complejos mecanismos de ingeniería financiera que permitieron la desmedida expansión crediticia al punto de generar una burbuja especulativa en el mercado inmobiliario son explicados con detalle en la novela *La gran apuesta* (2010) del escritor estadounidense Michael Lewis. En un tono mucho más social, la novela *Sunset Park* (2010) de Paul

⁴ En una argumentación más técnica, Keynes atacó la base del pensamiento neoclásico y su teoría cuantitativa del dinero según la cual una disminución de precios tendrá como correlato un aumento en el nivel de actividad, considerando la cantidad de dinero y su velocidad de circulación constante. Señala Keynes que una baja en los salarios permitiría una reducción en los precios sin afectar el margen empresarial, lo cual llevaría a una baja en la demanda nominal de dinero por motivos transaccionales, y por tanto a un exceso de oferta monetaria con la consecuente reducción en la tasa de interés (vale decir, la baja de salarios nominales tiene el mismo efecto que una expansión monetaria). No obstante, según la óptica keynesiana la inversión es el único componente de la demanda que depende de la tasa de interés, aunque en forma inelástica. Con lo cual el efecto de una baja en la tasa de interés sobre la inversión (y por consiguiente sobre en el nivel de actividad y la demanda empleo) será reducido. Esto es así porque, siempre según Keynes, las decisiones de inversión descansan más sobre las expectativas empresariales que sobre la tasa de interés, y en un contexto de depresión económica los inversores son cada vez más pesimistas.

Auster relata la historia de un joven que trabaja en una empresa al servicio de los bancos en Florida, y se encarga de vaciar viviendas de los desahuciados que en plena crisis no pudieron seguir pagando su hipoteca.

En Uruguay también se llevó a cabo el experimento literario de retratar un contexto socioeconómico crítico y específico que se vivió no solo en el país sino en toda la región. Estamos hablando de la novela *Así habló el cambista* del escritor Juan Enrique Gruber (1924 – 1981). Se trata de una obra muy poco conocida, escrita por un autor olvidado incluso dentro del ambiente literario. Debemos agradecer al cineasta uruguayo Federico Veiroj por haberla devuelto a la luz. La descubrió en 2012 de manera puramente accidental mientras realizaba un casting con niños en un centro del Ministerio de Educación y Cultura en la localidad de Castillos. Mientras aguardaba en una sala el arribo de los niños se puso a mirar algunos libros apilados en un estante, y la cobertura de uno de ellos llamó su atención. Tras hojear las primeras páginas tuvo una epifanía que lo llevó a embarcarse en un proyecto cinematográfico que culminó con el estreno de su película homónima en 2019, acompañado de una nueva edición del libro luego de haber transcurrido treinta y ocho años de la anterior.

¿De qué trata esta novela? En una primera aproximación, son las vicisitudes de un inescrupuloso cambista uruguayo que escribe sus memorias en primera persona. La segunda mitad se centra en el relato de un particular episodio de ribetes policiacos en el que se ve envuelto por participar en una transacción financiera con fondos argentinos mal habidos que ponen en riesgo su vida. Pero lo cierto es que la novela trata mucho más que eso; consiste en un iluminado relato sobre la vida económica en Uruguay (y también en Argentina) durante las décadas de 1960 y 1970, es decir el período de mayor convulsión social de nuestra historia contemporánea. A través de una trama ficticia (hasta donde sabemos, pues la ambientación en el contexto histórico la hace sumamente verosímil), a lo largo de sus 397 páginas⁵ la obra recrea el ambiente que imperaba en el país marcado por el agotamiento del modelo de Industrialización Sustitutiva de Importaciones (ISI), estancamiento económico generalizado, inflación crónica, y una creciente tensión social que culminó en el quiebre institucional por todos conocido.

⁵ De aquí en más, todas las referencias están basadas en la segunda edición de julio de 1981 (Rosgal Editores).

Antes de proseguir, es menester un comentario sobre el autor. La lucidez con que son descritos el contexto económico, el negocio cambiario y la intermediación financiera durante aquellos años, hacen pensar en una persona muy ilustrada en la materia. Tal fue el caso de Juan Gruber; de hecho, era un *insider* del mundo empresarial que ocupó importantes cargos ejecutivos en conocidas compañías de la industria manufacturera, y que en los últimos años de su vida se abocó de lleno a las letras que eran su verdadera pasión. Llegó a publicar solamente dos novelas: *Así habló el cambista* (1979) y *El abeto* (1981)⁶. Lamentablemente la muerte lo halló en forma prematura el 22 de octubre de 1981 mientras escribía una nueva obra.

Dos ingredientes adicionales hacen a este cóctel perfecto para la concepción de la novela, y tienen que ver con los orígenes de Gruber. En primer lugar, no era uruguayo sino un inmigrante polaco. Su nombre original era Jan Henryk (luego, Juan Enrique) y nació en Varsovia el 16 de mayo de 1924. Siendo los Gruber de origen judío, en 1939 tuvieron el buen tino de abandonar Polonia tras la invasión alemana. Su primera parada fue Francia, pero en 1940 sintieron nuevamente la amenaza de la ocupación nazi y esta vez se trasladaron más lejos: Argentina y posteriormente Uruguay que sería la residencia definitiva. Aún cuando la mayor parte de la vida de Juan Gruber se desarrolla en Sudamérica, su origen foráneo confiere un enfoque particular que hace más interesante la interpretación del funcionamiento de una sociedad desde la perspectiva de un extranjero. El segundo punto y tal vez más importante, tiene que ver con la formación que indudablemente le inculcó su padre. Éste era un hombre del mundo de las finanzas llamado Henryk Gruber, quien gozaba de elevada reputación en Polonia. Para empezar, en 1920 participó como combatiente en la guerra polaco-soviética en defensa de su país contra la ofensiva del Ejército Rojo, lo cual le valió el galardón de la Cruz de Valor en tres oportunidades, y fue ascendido al grado de capitán. Durante la década del veinte ocupó altos cargos gubernamentales, contribuyó fuertemente al desarrollo de políticas públicas y marcos legales orientados a la supervisión estatal de los seguros, y dio charlas radiales para educar a los oyentes sobre las finanzas y el ahorro nacional. En 1928 presidió el banco Pocztaowa Kasa Oszczędności, la institución financiera más grande del período de entreguerras. También fue director del banco Polska Kasa Opieki (actualmente conocido como “Bank Pekao SA”) cuyos servicios estaban dirigidos a emigrantes polacos, a través de sucursales en

⁶ *El abeto* pertenece al género de la novela social comentado anteriormente. Un aristócrata polaco emigra a Buenos Aires en 1935 dejando atrás los vientos revolucionarios que tanto convulsionaron su tierra natal; con el paso del tiempo descubre que su nuevo destino tampoco será un mar de tranquilidad.

París, Nueva York, Tel Aviv y Buenos Aires. Precisamente, en esta última ciudad ocupó el puesto de presidente de la sucursal tras la emigración de la familia Gruber a Argentina. En resumidas cuentas, era un hombre con una cultura financiera muy elevada de la cual debió nutrirse su hijo Juan Enrique.

Cuando los Gruber desembarcaron en 1940 en el Río de la Plata, Uruguay era considerada una economía desarrollada en el contexto internacional, y figuraba —junto con Argentina— entre los países con mayor ingreso per cápita del mundo⁷. Los altos niveles de ingreso a su vez se daban en un contexto de estabilidad económica donde la inflación era un fenómeno desconocido, el desempleo era muy bajo y el patrón productivo estaba basado en un creciente peso de la industria a instancias de la ISI, que fue exitosa en su fase inicial mientras el mercado interno no estuviera aún saturado y los precios internacionales de los productos agropecuarios de exportación se mantuvieran en altos niveles. Además, el crecimiento económico era equitativo, con un rol activo por parte del Estado en mitigar las desigualdades inherentes a todo modelo capitalista⁸. Los estudios académicos señalan que en 1955 Uruguay registró la menor desigualdad de su historia medido a través del índice de Gini aplicado a la distribución del ingreso personal, en tanto que los ingresos salariales tuvieron su mayor participación con relación al PIB⁹. En 1941 la revista *Life* publicó un fotorreportaje de algunas infraestructuras emblemáticas con la intención de transmitir el nivel de vida de la sociedad uruguaya en la capital. Sorprende ver los majestuosos edificios que hasta el día de hoy se mantienen incólumes como símbolo del progreso nacional de aquella época (Estadio Centenario, Palacio Legislativo, Hospital de Clínicas, Plaza Independencia, Aduana de Montevideo, Universidad de la República, etc.). Por todo esto, Uruguay había sido apodado internacionalmente como la “Suiza de América”.

La buena reputación internacional se manifestó hasta en lo deportivo, particularmente en el fútbol donde Uruguay fue una potencial indiscutida siendo cuatro veces campeón del mundo tras el “Maracanazo” de 1950. Pero la historia comenzó a cambiar en 1954 cuando se disputó el Mundial de Suiza. El seleccionado favorito era Hungría, aunque Uruguay estuvo a punto de lograr

7 Fuente: Maddison Project Database 2018.

8 El 12 de noviembre de 1943 se promulgó la Ley N° 10.449 que dio lugar a la creación de los Consejos de Salarios.

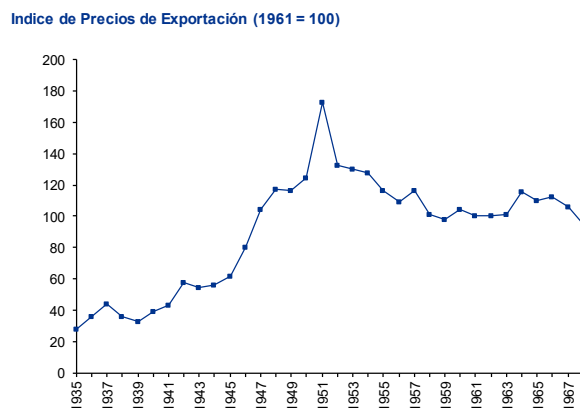
9 El complemento son los ingresos no salariales tales como las rentas provenientes de la tierra y el capital. Fuente: *La evolución de las remuneraciones laborales y la distribución del ingreso en Uruguay*, PNUD Uruguay, Cuadernos sobre Desarrollo Humano, 2017.

una nueva hazaña. Ambas selecciones se cruzaron en semifinales en lo que según los entendidos fue uno de los mejores partidos de la historia de los mundiales. Aquella jornada lluviosa Hungría comenzó ganando 2-0, pero sobre el final del partido Uruguay logró empatar 2-2. En el último minuto, con el golero húngaro vencido, Schiaffino envió una pelota al arco que increíblemente quedó parada en la línea por culpa del barro. Hubiera sido el gol de la victoria y el pasaje a la final. Hubo que ir a un alargue de media hora donde Hungría terminó imponiéndose 4-2. En la disputa por el tercer puesto el equipo, seguramente cansado y anímicamente afectado, volvió a perder 3-1 frente a Austria. En el siguiente Mundial celebrado en Suecia en 1958 no llegó a competir tras haber quedado por primera vez eliminado en la ronda eliminatoria¹⁰. Así terminó la zaga de una selección que hasta entonces se había mantenido invicta durante 21 partidos disputados en cinco torneos mundiales. También fue el comienzo de un progresivo declive en competiciones mundialistas (con la excepción de México en 1970 donde se logró un menospreciado cuarto puesto) y hubo que esperar hasta 2010 para que Uruguay volviera a alcanzar las primeras posiciones en el ranking mundial.

La anécdota del famoso “gol de barro” de 1954 sirve como parábola para representar el fin de la marcha ascendente que la economía uruguaya había experimentado hasta entonces, y el inicio de su posterior y constante declive. La segunda mitad de la década del cincuenta estuvo marcada por el colapso del neobatllismo en diferentes manifestaciones. En el plano económico, el modelo de la ISI comenzó a decaer básicamente por dos motivos. El primero era estructural y tuvo que ver con la saturación del mercado interno cuyas dimensiones eran muy reducidas, con lo cual la expansión de la oferta de productos industriales (que no podían exportarse pues la industria era ineficiente y por tanto cara como para competir en los mercados internacionales) dejó de ser absorbida por la demanda de bienes durables. El segundo motivo es atribuible a un shock externo negativo, que fue el deterioro de la relación de términos de intercambio. En particular, los precios de los productos de exportación (básicamente lana y carne) que se habían fortalecido desde la Segunda Guerra Mundial y llegaron a un máximo histórico durante la guerra de Corea (1950-1953), se desplomaron a partir de entonces¹¹.

10 En los mundiales de Italia 1934 y Francia 1938 Uruguay no había participado por decisión propia.

11 A la caída de precios se sumó la dificultad del sector exportador para colocar sus productos en los mercados internacionales por la política de subsidios a los productores agrícolas en Europa (principal destino de las ventas en aquel entonces), sumado a los efectos nocivos de la Ley 480 de Excedentes Agrícolas aprobada en Estados Unidos en 1954 que dificultó la colocación de productos uruguayos ante la competencia norteamericana a precios de dumping.



Fuente: Instituto de Economía.

Esto derivó en una creciente escasez de divisas provenientes de la exportación (prácticamente la única fuente de ingreso de dólares en aquella época al no estar desarrollado el crédito externo) que eran necesarias para financiar la importación de insumos industriales y bienes de capital a efectos de garantizar la continuidad del proceso industrializador. Con lo cual la actividad industrial también mermó. La reacción de las autoridades fue compensar el estancamiento productivo con políticas fiscales y monetarias expansivas. Por un lado, aumentó el peso del Estado fundamentalmente por la vía de un fuerte aumento en la contratación de funcionarios, lo cual implicó crecientes déficits fiscales. En el plano monetario, se produjo un hito trascendente con la promulgación de la Ley N° 11.625 del 16 de noviembre de 1950, que eliminó el tope de emisión monetaria contra el redescuento de documentos. En un contexto de tasas de interés nominales administrativamente topeadas que generaba tasas reales negativas, endeudarse pasó a ser un negocio rentable en sí mismo, y los bancos comerciales abusaron de este recurso dando lugar a una formidable expansión de la oferta monetaria que terminó encendiendo una hoguera inflacionaria hasta entonces desconocida en Uruguay. La fuerte correlación verificada entre la expansión de la base monetaria y del aumento del nivel de precios a partir de la década del cincuenta convalidan la hipótesis monetarista¹². De este modo, la tasa de inflación que en 1950 había sido apenas 2%, en 1959 trepó al 50%, y a mediados de 1968 llegó a un récord de 183%. Diez años más tarde, cuando el cambista escribe sus memorias, la inflación continuaba siendo un flagelo con tasas superiores al 60%. La

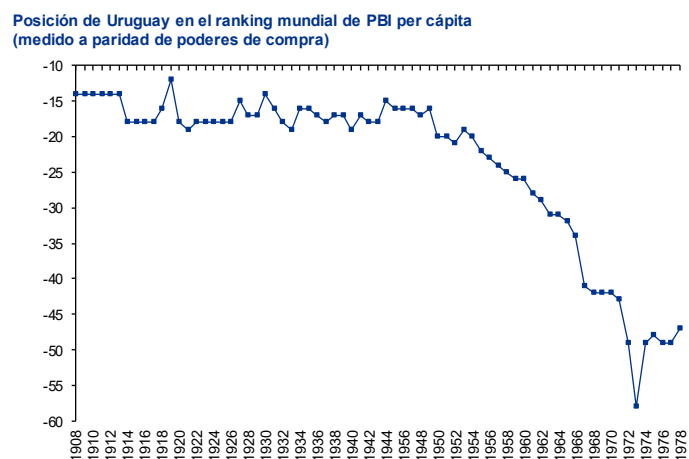
¹² Enrique Gagliardi muestra que el promedio anual de la tasa de crecimiento de la base monetaria y los precios respectivamente fue de 13% y 12,6% en los cincuenta; 48,1% y 46,5% en los sesenta; 53,5% y 57,3% en los setenta, 51,2% y 57,6% en los ochenta, y 40% y 41,4% en los noventa.

inflación en definitiva no es otra cosa que la medida de la pérdida del poder adquisitivo del dinero, y este es precisamente el motivo que llevó a una caída de la demanda de pesos cuya contrapartida es el aumento de la demanda de dólares, como se verá luego un punto central en la trama de *Así habló el cambista*.

Este cúmulo de factores tuvo como consecuencia el estancamiento económico con inflación. En su *Historia económica del Uruguay*, Ramón Díaz concluye lo siguiente sobre la evolución del PIB per cápita:

Después de crecer al 4,2% durante trece años (1943-1955), la economía uruguaya entra en *panne* (crecimiento del 0,0% en 1956-1974). Su motor se detiene, y el estancamiento es absoluto durante prácticamente veinte años, para cuyo tratamiento parece más indicado el *Libro Guinness de los Récords* que una historia económica.

Mientras Uruguay (al igual que Argentina y otros países de la región que aplicaron el mismo modelo económico con las mismas consecuencias) permanecía estancado, Estados Unidos y Europa experimentaron un crecimiento sensacional. Esto explica que los países de la región fueran perdiendo posiciones de manera sistemática en el ranking mundial de ingreso per cápita. Cuando el cambista escribe sus memorias, Uruguay había pasado de estar entre los veinte países más ricos del mundo, al puesto cincuenta. Nunca en su historia el país se había precipitado hacia una espiral de decadencia económica en forma tan acelerada.



Fuente: Elaborado en base a Maddison Project Database 2018.

Debió ser muy traumático para la población uruguaya pasar en tan poco tiempo de ser “La Suiza de América” a un país tercermundista sumido en un estado de subdesarrollo crónico con estancamiento productivo, alta inflación, informalidad creciente y pujas distributivas entre distintos sectores sociales y productivos en procura de lograr una mayor porción de una torta que no crecía. Pero la decadencia se reflejó no sólo en lo económico sino también en lo social y en lo moral. Nuevamente, la literatura nos ayuda a entender el sentir de una sociedad que en aquellos tiempos no era capaz de reconocerse a sí misma. En 1961 se publicaron dos libros de conocidos escritores uruguayos. Uno de ellos fue *El astillero* de Juan Carlos Onetti. En la trama, el protagonista se postula para el cargo de gerente general de un astillero con la esperanza de poder escalar en su posición económica, solo para darse cuenta de que se trata de una empresa naval arruinada, sin actividad y apenas habitada por un par de empleados que no cobran el sueldo pese a registrarlo fantasmalmente en la contabilidad, y se dedican a vender activos de la empresa (máquinas viejas y desechos metálicos) para subsistir. El vacío existencial de los personajes es típicamente onettiano, y se enmarca en un paisaje industrial cuasi onírico que alude —consciente o inconscientemente, poco nos importa— al ocaso de la ISI que había sido tan pujante hasta mediados de la década del cincuenta¹³. La otra obra, aunque mucho menos conocida, es *El país de la cola de paja* de Mario Benedetti. Consiste en un extenso ensayo escrito, según palabras del propio autor, con la finalidad de “reflejar la opinión personal de alguien que está hondamente preocupado por el momento que vive actualmente el Uruguay”. Benedetti se propuso alertar sobre la crisis moral que subyacía en la crisis económica y que había comenzado a afectar a la sociedad uruguaya. En cada capítulo el autor señala la existencia de cambios negativos en los patrones culturales y de conducta, como la hipocresía, el recurso de la chacota, el envilecimiento de la prensa, los vicios de la clase política, o la comodidad improductiva de los oficinistas, poniendo de manifiesto que el peso uruguayo no fue lo único que había comenzado a devaluarse en aquellos años. Se trata de una obra que no volvió a

13 En una conversación con Emir Rodríguez Monegal, Onetti contó que el origen de la novela se remonta a una visita que había hecho a un astillero en el puerto de Dock Sur en Buenos Aires: “La empresa estaba en quiebra. Allí conocí al señor Fleitas, un viejito duro, bien vestido, muy convencido de que iban a ganar el pleito. Aunque luego no se pudo cumplir con los compromisos y hubo que rematarlo todo [...] Fui al astillero acompañado de uno de los gerentes, uno de esos hombres que viven en el reino de su propia ilusión [...] Misteriosamente Du Petrie mantenía todo como si el astillero siguiera funcionando. Todo estaba sellado por el juez, inmunizado por la justicia. No se podía sacar ni poner nada, pero él había conseguido una llave y entraba. Tenía su oficina, una oficina fabulosa, en plena calle Florida [...] [Allí] estaba todo abandonado; una mugre, un polvo espantoso. Había una de esas mesas de directorio, de madera de petiribí, una maravilla [...] un nuevo socio que conocí, uno de los gerentes [...] me invitó un día a ir al astillero del Dock Sur. Toda aquella riqueza de material no sé si conseguí describirla bien en *El astillero*, pero toda aquella riqueza tirada [...] Me acuerdo que era un galpón con techos de zinc, y en una de las vigas había un letrero que decía textualmente: «Prohibido el porte y el uso de armas». Genial.” (fuente: *El viaje a la ficción*, Mario Vargas Llosa)

ser editada, probablemente porque el autor la consideró una pieza coyuntural asociada a una época específica. Sin embargo, hay muchos pasajes con reflexiones que mantienen una sorprendente vigencia aun en el siglo XXI. Me limito a citar uno de ellos extraído del primer capítulo:

Siempre representa algún peligro la aplicación, en un campo determinado, de síntomas y consecuencias analógicas provenientes de zonas que la tradición mantiene paralelas. Aplicar a las crisis morales la terminología de las crisis económicas, es arriesgarse a extraer consecuencias más o menos descabelladas. Limitémonos, pues, a anotar algunos pocos rasgos coincidentes. En primer término, la inflación de valores morales. La dignidad, la decencia, la honradez, siguen figurando en el léxico de los grandilocuentes, pero cada vez significan menos, cada vez están más comprometidas las reservas áureas que les sirven de sostén. Ha habido una excesiva emisión de dignidad-papel, de decencia nada más que verbal, y, en consecuencia, la exagerada circulación ha roto el equilibrio, ha provocado una baja general de valores, ha forzado un retraimiento de las intenciones verdaderamente honestas. Y, como es lógico, también en este orden ha asomado el fantasma del desempleo, de la desocupación. El desocupado aquí es el hombre moral, que prácticamente ya no tiene sitio en la política y cada vez tiene menos espacio disponible en el ejercicio de las profesiones llamadas libres.

En este contexto de decadencia económica, social y moral, está ambientado *Así habló el cambista*.

Luego de pagar impuestos, las familias gastan su ingreso disponible en el consumo de bienes y servicios, y la diferencia entre el ingreso y el consumo —si es que existe— se vuelca al ahorro. Ahora bien, cuando una economía está aquejada por la inflación, ello significa que el dinero obtenido de nuestros ingresos pierde poder adquisitivo. Para que el ingreso destinado al consumo mantenga su poder de compra, los salarios nominales deben aumentar en la misma magnitud que los precios. En el caso del ahorro, la preservación del poder adquisitivo ocurre si la tasa de interés a la cual se invierten esos ahorros es al menos equiparable a la tasa de inflación. ¿Qué sucedería si la tasa de interés es inferior a la tasa de inflación? La tasa de interés real se tornaría negativa; el ahorro sería transitoriamente un mal negocio por lo que la gente no depositaría su dinero en el banco. Esto llevaría a una baja en la oferta de ahorros, pero los bancos necesitan fondearse con depósitos para poder operar otorgando préstamos que es la esencia de su negocio. En un mercado libre, los bancos aumentarían la tasa de interés ofrecida por los depósitos —conocida como tasa de interés pasiva— para poder seducir a los ahorristas, con lo cual se lograría un nuevo equilibrio entre ahorro e inversión a una mayor tasa de interés nominal. ¿Pero qué pasa si la administración pública impone una regulación en el sistema financiero fijando un tope a la tasa de interés? En ese caso, ahorrar en moneda nacional implicaría una pérdida ya no transitoria sino permanente. Para

evitar incurrir en esta pérdida, el ahorrista podría canalizar sus ahorros por fuera del circuito formal del sistema financiero, donde no aplican las regulaciones como los topes a la tasa de interés, ni otros costos administrativos tales como el pago de impuestos a la renta financiera. El ahorrista también podrá buscar otras alternativas para poder salvaguardar el poder de compra de sus activos. El expediente más sencillo consiste en cambiar los pesos por dólares, en el entendido de que el tipo de cambio es un precio más de la economía; por tanto, su comportamiento no se diferenciará mucho al de los restantes bienes y el ahorro en dólares expresado en términos de pesos conservaría su poder adquisitivo. ¿Y qué ocurre si la compra de dólares para atesoramiento está prohibida? Entonces las fuerzas de la oferta y la demanda —que nunca se detienen— pasarán a operar en un mercado cambiario paralelo. En definitiva, estamos hablando de la formación de un mercado negro tanto en el sector cambiario como en el sistema financiero. Eso es precisamente lo que ocurrió en Uruguay.

La primera señal significativa de cambio hacia una política de mayor dirigismo estatal estuvo dada por el control de cambios instaurado en 1931, creado con la finalidad de mitigar simultáneamente la pérdida de reservas y la desvalorización de la moneda que había comenzado a sufrir el país por efecto del déficit comercial a raíz de la Gran Depresión. A partir de entonces, los exportadores estuvieron obligados a vender sus dólares a la autoridad monetaria —BROU, y posteriormente BCU— en tanto que la compra de dólares para pagar importaciones o viajar al exterior estaba racionada y requería autorización. La escasez de divisas en el mercado oficial rápidamente generó un mercado negro paralelo donde las transacciones se realizaban a un mayor precio. En 1934 las autoridades reconocieron la imposibilidad de reprimir eficazmente este mercado al menos para la compraventa de dólares por motivos ajenos a las importaciones y exportaciones, por lo que se autorizó bajo el nombre de tipo de cambio “libre financiero”¹⁴.

Por otra parte, las reglas de funcionamiento en el sistema financiero también estaban sometidas a fuertes controles estatales que entorpecieron la canalización del ahorro por los circuitos formales. Al amparo de una ley aprobada en 1938 y hasta mediados de la década del setenta, la regulación bancaria fijó topes a las tasas de interés pasivas que podían cobrar los depositantes.

14 Esta situación de control de cambios que se instrumentó en aquel lejano 1931 ante una coyuntura internacional crítica, duró —salvo algunas interrupciones— por un lapso de cuarenta años hasta 1974, cuando todos los países desarrollados (al menos para las operaciones de comercio exterior) ya lo habían abandonado a mediados de la década del cincuenta. Como señaló Ramón Díaz: “Es como si alguien se valiese de un bastón para caminar después de sufrir un esguince de tobillo, y después de curado continuase apoyándose en aquel para el resto de su vida.”

Cuando la inflación comenzó a arreciar a partir de 1956, dichas tasas pasaron a estar sistemáticamente por debajo de la variación de precios, generando un fenómeno conocido como “represión financiera”¹⁵. Esta política dañó el patrimonio de los ahorristas, lo cual sumado al control de cambios, llevó a que la gente sacara su dinero del sistema dando lugar a un incremento de la intermediación fuera de los circuitos oficiales¹⁶. El desvío de fondos hacia otros intermediarios financieros no controlados —muchos de ellos incluso eran propiedad de los bancos formales— y hacia el atesoramiento en dólares fuera del sistema bancario fue una tendencia que marcó este período. Por otra parte, la consabida expansión monetaria dio lugar a un exceso de oferta de dinero también recurrente que los agentes económicos cambiaban por dólares, generando presión sobre un stock de reservas finitas y menguadas que únicamente pudo atemperarse a través de sucesivas megadevaluaciones. Esta fue la norma de la política cambiaria sobre todo en la segunda mitad de la década del sesenta, bajo la cual el tipo de cambio fijo comercial saltó de \$ 11 en 1960, a \$ 59.9 en 1965, \$ 200 en 1967 y \$ 250 en 1968. También motivó conductas especulativas por parte de los grupos exportadores, que retenían su zafra de lana y carne a la espera de que se produjeran nuevas devaluaciones del peso para poder liquidar la venta de su producto con dólares revaluados. Esta extensión en los períodos de mantenimiento de inventarios contó con una oportuna asistencia financiera para fondear las mayores necesidades de capital de trabajo. El siguiente pasaje es extraído de la obra *Orientales* de Lincoln Maiztegui:

En el seno de una economía paralizada y en crisis, semejante floración bancaria era consecuencia directa de factores especulativos. Como revelara el informe de la CIDE, sólo un 67% de los créditos se dirigían a la producción: 30% para el comercio, 21% para la industria, 14% para la ganadería y 2% para la agricultura. El resto iba para “actividades indeterminadas”, manera eufemística de designar las diversas formas de especulación. Como señalan Nahúm, Cocchi, Maronna y Trochón en su obra *El fin del Uruguay liberal*, éstas consistían esencialmente en la compra y venta de moneda extranjera, que permitía aprovechar ventajosamente las numerosas devaluaciones, y en la inversión de las ganancias en el extranjero, con consecuencias

15 El término “represión financiera” fue acuñado por el economista norteamericano Ronald McKinnon en 1973, y consiste precisamente en pagar tasas de interés reales negativas a los ahorristas para de este modo garantizar un fondeo barato a los bancos a efectos de promover el crédito a las empresas.

16 Paradójicamente, también se produjo como fenómeno complementario una hipertrofia en el sistema financiero formal. En su necesidad de obtener fondeo para hacer sostenible la actividad crediticia, los bancos tuvieron que expandir su infraestructura para ampliar la captación del volumen de depósitos, ya que el tope a las tasas de interés pasivas impedía hacerlo por la vía de los precios. Así, hacia 1963 el número de entidades, dependencias y funcionarios había aumentado a niveles récord, y la estrategia comercial de las instituciones llegó a curiosidades tales como la practicada por el Banco Transatlántico del Uruguay (BTU), «que había ideado un curioso sistema de promoción: una suerte de “banca rodante”. Coquetos autobuses recorrían la ciudad y era posible realizar depósitos o pedir préstamos simplemente con hacerles una seña que los llevaba a detenerse» (Lincoln Maiztegui, *Orientales*). Esta hipertrofia determinó un alza sensible de los costos fijos, que quedó de manifiesto con la crisis bancaria de 1965. La primera pieza de este dominó financiero en caer fue precisamente la quiebra del BTU.

nefastas para la situación interna [...] La especulación llegaba incluso a los créditos otorgados a la producción: se prestaba dinero a los agroexportadores en la cantidad precisa para que pudieran continuar su actividad, y éstos ejercían presión sobre el gobierno reteniendo sus productos hasta lograr una nueva devaluación. Cuando ésta se producía los productores vendían la zafra retenida obteniendo más dinero por ella, pagaban las detracciones con moneda devaluada y regularizaban la situación con el banco prestamista, que se compensaba con los intereses, con las obligaciones contraídas con el Banco República y con la compra de divisas baratas teóricamente dedicadas al comercio internacional y su venta en el mercado libre, aprovechando la laxitud de los controles. Habría que agregar a esto que estas operaciones se realizaban muchas veces a través de las “financieras”, cuyo capital estaba integrado con frecuencia por aportaciones de los mismos productores, que de esta forma, se prestaban dinero a sí mismos¹⁷.

La actividad parabancaria floreció aún más luego de la crisis bancaria de 1965 que llevó a una contracción de la operativa en el tamaño del sistema financiero formal, lo cual representó nuevas oportunidades para el mercado de préstamos informales. En un trabajo sobre el sistema financiero en Uruguay, el economista chileno Felipe Larraín lo sintetizó de la siguiente manera:

Después de 1965, como las compañías financieras (“financieras”) eran ilegales, y el sistema financiero formal había disminuido su tamaño, comenzó a ganar terreno un mercado de préstamos informal (“parabancario”). Este último operaba por medio de escribanos que certificaban la operación entre prestatario y prestamista [...] El crecimiento del mercado parabancario era sustancial y para 1970 se estimaba que los préstamos llevados a cabo a través de este sistema eran una tercera parte de los depósitos en los bancos¹⁸.

Este introito sobre las particularidades del sistema financiero en Uruguay durante aquellos años viene al caso para entender al personaje principal de *Así habló el cambista*. Precisamente, nuestro héroe —si se lo puede llamar así— es un cambista que se dedica a la compraventa de moneda extranjera, captación de depósitos y otorgamiento de préstamos por fuera de las regulaciones administrativas. El cambista escribe en primera persona y nos cuenta con lujo de detalles en qué consiste su actividad. Nunca llega a develarnos su verdadero nombre; un anonimato del cual se vale en cierto modo el autor para representar a todos los cambistas que operaron subrepticamente durante aquellos años. El protagonista escribe sus memorias parado en 1979 con las dictaduras en Uruguay y Argentina ya consumadas. A priori, podría pensarse que un personaje cuyo modo de vida esté basado en la intermediación financiera y compraventa de divisas difícilmente pueda

17 Lincoln Maiztegui, *Orientales. Una historia política del Uruguay*. 2008

18 Felipe Larraín, *Liberalización financiera en Uruguay: éxito o fracaso*. 1986

despertar interés, y mucho menos simpatía. Ciertamente, en su versión cinematográfica Veiroj no pretende generar esa sensación en el espectador, a juzgar por el guion adaptado y la interpretación del actor Daniel Hendler en el papel del cambista, ambos igualmente geniales. Véase por caso la siguiente crítica emitida por *Brecha* cuando se produjo el estreno:

A lo largo de esta película, ningún personaje observa a Brause (Daniel Hendler) con una mirada cálida o cariñosa. Por el contrario, el recelo, la desconfianza o la más llana mueca de desprecio se esbozan, una y otra vez, en el rostro de sus interlocutores. Jamás se había presentado, en el cine uruguayo, un protagonista tan profundamente despreciable como este, que parece bucear constantemente entre el patetismo y la absoluta falta de escrúpulos [...] Se elige uno de los períodos más conflictivos de nuestro país, entre los años 1956 y 1976, pero poniendo el foco en un personaje totalmente desinteresado de los problemas sociales circundantes. Brause es un cambista cuya vida pasa por comprar y vender dólares a inversores o turistas, en un comienzo con la tutela de su suegro, el señor Schweinsteiger (Hugo Machín), y más adelante por su cuenta. Entra en toda clase de negocios turbios con políticos, militares, guerrilleros, terratenientes, paramilitares y cuanto perfil oscuro se le presente en su oficina de la Ciudad Vieja, deseoso de un intermediario hábil para lavar, esconder o blanquear cuantiosas sumas de dinero mal habido¹⁹.

En esencia, el cambista de la película no difiere del que nos presenta la novela: un personaje frío en el trato con su esposa —a quien menosprecia constantemente, y en ocasiones también desprecia— e hijos, sin escrúpulos para hacer negocios ilegales con dinero de dudosa procedencia, siempre anteponiendo el interés personal sin contemplaciones por lo que al menos fuera moralmente correcto. El cambista de Gruber tiene todos estos ingredientes; pero también tiene otros que confieren más riqueza a su psicología y que comprensiblemente no se pueden compilar en un largometraje de 97 minutos. Por un lado, este personaje a priori poco entrañable nos presenta una lectura de la realidad económica de Uruguay —y también de Argentina— que deja lugar a la siguiente reflexión: la actividad en el mercado de cambios y operaciones financieras ilegales no es fruto de una semilla que germinó en un ser maligno, sino consecuencia natural de la conducta de seres humanos (muchos de ellos personas de bien) que en busca de maximizar su bienestar material en un entorno plagado de perniciosas regulaciones estatales, demandan servicios de agentes financieros no regulados. Aquí entran en juego los cambistas. Una de sus funciones básicas consiste en algo tan simple como la compra y venta de divisas, una actividad inherente al hecho histórico y elemental de que los países siempre han tenido distintas monedas, y por tanto necesitan cambiarlas

¹⁹ Fuente: *Tan pusilánime como fascinante*, Brecha, 4 de octubre de 2019. En la película, el cambista lleva el nombre de Humberto Brause.

para poder realizar transacciones entre sí, algo que no ocurriría si todos perteneciéramos a una misma patria. Nuestro cambista lo explica de un modo casi filosófico:

Somos el símbolo odioso de todo lo que en este mundo se hace mal. Nuestra existencia se debe pura y exclusivamente a la desunión de las razas, pueblos y países, y a la incapacidad e interés de todos los gobiernos habidos (y seguramente por haber), en no solucionar una cosa tan simple como el hecho de que una persona pueda pagar a otra fuera de fronteras sin tener que recurrir a un cambista.

Esta necesidad, más antigua que Jesucristo, estuvo sometida a una fuerte regulación en Uruguay entre 1931 y 1974 como ya se vio. Pero también vimos que las prohibiciones no eliminan las necesidades, simplemente desvían las transacciones del mercado regulado hacia carriles informales. La compraventa de divisas también estaba controlada en Argentina, un detalle no menor y esencial para el negocio del cambista cuya cartera de clientes estaba constituida en una porción importante por argentinos deseosos de cambiar sus devaluados pesos por monedas duras y fugar su capital hacia destinos más seguros que su país de origen.

Ocurre que durante decenios los argentinos y brasileños prefirieron guardar sus ahorros, reservas y economías en cualquier otra cosa que en su propia moneda y sus propios bancos. Quienes no disponen de sofisticadas cuentas en centros financieros “serios”, como suelen designarse los de Estados Unidos y por lo menos los de algunos países europeos, lo hacen atesorando billetes de banco.

En un pasaje interesante de la novela, el cambista analiza un artículo de la prestigiosa revista *The Economist* publicado el 7 de setiembre de 1978, donde relata la prohibición recientemente instaurada en Sudáfrica de enviar capitales al exterior, y cuenta cómo estas políticas constituyen tierra fértil para que los cambistas puedan prestar sus servicios a ciudadanos deseosos de fugar su capital.

Hay muchas maneras de sacarlo —incluso a remo, como sugiere el hebdomadario inglés—; la más simple consiste en comprar otra moneda que se le deposita al comprador en cuentas en cualquier parte del mundo —especialmente bancos suizos o norteamericanos— mientras que los rands permanecen en Sudáfrica para ser entregados a su vez a los turistas que acuden allí desde todos los lugares del mundo (entrega hecha en forma muy discreta, claro está) y que precisamente “en todos los lugares del mundo” han sido pagados antes de emprender el viaje. [...] Pero por supuesto que hay más en Sudáfrica, como ser la prohibición de mantener cuentas en bancos en el exterior, o el límite fijado a una ridícula cantidad de dinero con la que un viajero puede salir del país [...] Lo que dice *The Economist* suena a música del cielo en mis oídos de uruguayo y cambista. Realmente creo que debería abrir una sucursal en Sudáfrica, porque

hasta ahora siempre he pensado que sólo ente nosotros se cometían maniobras tan burdas como eso de recurrir a sub-facturación de exportaciones, sobre-facturación de importaciones, falsos gastos de viaje y falsas remesas a familiares de ultramar, que es lo que la revista en cuestión nos cuenta.

Pero la función del cambista no se limita a asistir a sus clientes en cambiar sus ahorros por moneda extranjera para luego fugarlos del país; también presta servicios de distribución de divisas y entrega a domicilio cuando el cliente lo necesita.

Sería ocioso explicar que allende los mares nuestras monedas sirven sólo para chistes de “music hall”. También un cheque emitido en nuestra propia plata o la de nuestros vecinos causa hilaridad a los empleados de, digamos, American Express, Cook o Union des Banques Suisses. Claro que tampoco pagarán un cheque emitido en pesos argentinos, cóndores de los Andes o cruzeiros nuevos, pero si el monto es suficiente, apuntarán el nombre y la dirección de su dueño. A los pocos meses enviarán un juicioso funcionario que tratará de convencerlo para que en el futuro les entregue la administración de sus cuentas después de transferirlas —en una moneda que merezca el nombre de tal—, a una sucursal de Nueva York, o si prefiere, directamente Zurich. Como resultado de esta situación, aquí estamos nosotros los cambistas uruguayos, profesionales y amateurs, siempre dispuestos a llevar “allende el río” billetes de banco para venderlos por más de lo que está indicado en su anverso [...] En Buenos Aires cada tanto se les acaban los billetes de dólares, y es precisamente entonces cuando, contra un giro efectuado a nuestras cuentas en el exterior, se los llevamos cobrándoles de un cinco a un diez por ciento más caro por el “servicio”. Para eso los guardamos.

Este pasaje sirve para explicar otra de las actividades del cambista: la de “chalequero”. El traslado y entrega a sus respectivos dueños —en su mayoría argentinos, pero también brasileños— de una pequeña porción de las divisas fugadas cuando a éstos les hacía falta para realizar alguna transacción en moneda dura en su propio país, era realizado secretamente por este servidor gracias a un chaleco especialmente diseñado que llevaba puesto, donde escondía dólares y metales preciosos para que no fueran detectados por la aduana en el cruce de frontera. El cambista nos dice que inició esta práctica en un lejano 1957, lo cual da cuenta de la larga data de inflación y fuga de capitales que aquejaron a la región en aquellos tiempos.

Pero además, el cambista también se dedica a la intermediación financiera a través de la captación de depósitos y otorgamiento de préstamos, siendo esta una de sus actividades más rentables. El denominador común es que todas ellas son realizadas en la más absoluta informalidad.

En mi opinión, un “corredor” cambia legal o ilegalmente una moneda por otra, mientras que un cambista es algo así como un distribuidor-mayorista que mantiene distintas divisas en sus propias cuentas. El cambista también es una especie de banquero clandestino con depósitos,

pago y cobro de intereses, préstamos, capital de giro importante y un sistema perfeccionado para que las autoridades no descubran esta actividad y los clientes se aprovechen de ella.

Las operaciones financieras y cambiarias ilegales eran algo totalmente naturalizado en el Uruguay de aquellos tiempos, y este es otro aspecto interesante que nos muestra el cambista. Sus servicios se tomaban con naturalidad por parte de la sociedad por la sencilla razón de que obedecían a una demanda generada por ella misma. No es razonable esperar que alguien se indigne con una persona que preste servicios delictivos si ese alguien es consumidor de dichos servicios. En todo caso, lo irrazonable eran las regulaciones estatales que llevaban irremediabilmente a un deterioro del nivel de vida de quien quisiera apegarse a ellas. A tal punto llegaba esta aceptación social que nuestro cambista —al igual que muchos de sus colegas en la vida real— alguna vez fue atrapado en sus quehaceres laborales y tuvo que padecer una leve condena en la cárcel, sin que ello tuviera un efecto disuasivo en su accionar ni dañara su reputación en la comunidad.

No es de sorprenderse, entonces, que me pareciera perfectamente legítimo, lógico y nada vergonzoso ser empleado de una empresa donde sistemáticamente se violaban las disposiciones (cretinas) sobre el movimiento de fondos (imprescindible en muchos casos) y la compraventa de metales preciosos (fuente de nuestros sueldos). De cualquier manera una temporadita en la cárcel, en Montevideo por lo menos, podría compararse a algo tan poco grave como un atraso en el pago de facturas.

En 1974 se produjo un acontecimiento capital en la historia económica contemporánea del Uruguay. En julio Alejandro Végh Villegas, de fuerte impronta liberal, asumió el Ministerio de Economía, y dos meses más tarde eliminó el control de cambios. Dicho régimen, que estaba edificado en base a varias leyes y decretos promulgados desde 1931 fue derribado con un simple acto administrativo²⁰. En setiembre, el BCU emitió una circular donde señalaba que *“Las compras y las ventas de moneda extranjera en el Mercado Financiero son libres y sin el requisito de identificación del vendedor y comprador. Entiéndase por mercado financiero aquel cuyo tipo de cambio se regula por el libre juego de la oferta y la demanda y a través del cual se canalizan las operaciones de compra y venta de moneda extranjera por parte de los Bancos y Casas Bancarias autorizados a operar en cambios.”*²¹ A partir de entonces, los uruguayos tuvieron permitido comprar divisas libremente e incluso mantener cuentas en dólares en el sistema bancario

20 Que un régimen tan trascendente y longevo se aboliera en forma expeditiva y sin debate previo, solo puede explicarse por el hecho de que en Uruguay regía una dictadura. No menos cierto es que la libertad para comprar dólares era algo que demandaba la sociedad toda, como lo atestigua su comportamiento en los años siguientes que llevó a la dolarización de los ahorros.

21 BCU, Circular N° 551 del 24 de setiembre de 1974.

nacional²². Poco tiempo después se eliminaron los topes a la tasa de interés, con lo cual las tasas reales en moneda nacional dejaron de ser negativas²³.

De lo anterior, podría pensarse que la liberalización financiera afectó el negocio de los cambistas del mismo modo que la liberalización del mercado de drogas afectaría el negocio de los narcotraficantes. Pero no fue así, lo cual deriva en otra reflexión interesante que el propio cambista nos deja: operar en el mercado negro implica la ausencia de cualquier tipo de trazabilidad en la mercadería transada, en este caso el origen de los capitales que se acercaban al escritorio del cambista. Se entiende entonces que los mercados negros son el caldo de cultivo para la captación de una clientela con dudosa reputación cuando menos. Más aún, los fondos mal habidos únicamente podían reciclarse a través de estos operadores. Tras la liberalización iniciada en 1974 Uruguay apostó a transformarse en una plaza financiera regional para la captación de fondos provenientes de países vecinos que seguían sumidos en el marasmo de la represión financiera y controles cambiarios. Desde entonces, las casas de cambio han pasado a ser empresas formales debidamente autorizadas por la Superintendencia de Servicios Financieros del BCU, y ajustadas a los sistemas de prevención del uso de estas entidades para actividades ilegales como el lavado de activos y financiamiento del terrorismo. Pero en aquella época, muchos escritorios continuaron operando por fuera del radar, y pasaron a ser el refugio de capitales opacos de origen dudoso, mayormente procedentes de Argentina. Estos fondos que no podían presentarse en casas de cambio ni bancos comerciales regulados por la normativa bancocentralista, se destinaron a agencias financieras como la de nuestro cambista.

Los cambistas uruguayos fuimos perseguidos por nuestras propias autoridades durante años. Ahora todo eso pasó a la historia; hace poco se legalizó la existencia de casas de cambio. El que quiere vende, el que quiere compra, siempre y cuando lleve planillas de las transacciones, cumpla otros trámites, y sus libros y registros estén a disposición de distintos organismos oficiales. A mis clientes eso no les sirve. La sola idea de un Estado capaz de verificar movimientos y saldos de sus cuentas los llevaría a trasladar sin demora su dinero a cualquier otro lado. Los argentinos y brasileños, en su mayoría, necesitan un “cambista”... un banco

22 Cuarenta y cinco años han pasado desde entonces con la alternancia de gobiernos democráticos de derecha e izquierda, y nunca más se volvió al expediente del control de cambios en Uruguay.

23 No obstante, las mayores tasas en pesos no fueron condición suficiente para que la gente se volcara al ahorro en moneda nacional. Tras la liberalización cambiaria y financiera se produjo una abrumadora dolarización de los depósitos que pasó de menos del 10% en 1974 a más del 70% en 1982 cuando se produjo la crisis de la “tablita”, y alcanzaría el 90% a fines de los noventa. Actualmente, aún tras quince años con registros de inflación de un dígito, la dolarización persiste en la memoria de los ahorristas con niveles próximos al 75%. Esta conducta es consecuencia de décadas de inflación crónica que destruyó la confianza en la moneda nacional como reserva de valor. A partir de entonces, Uruguay pasó a considerarse una economía “bimonetaria”, un extraño atributo que comparte con Argentina y pocos países más en el mundo, y que reduce el campo de acción de la política monetaria.

clandestino en realidad, y eso sí está prohibido [...] Los malhechores de alguna manera tienen que mandar o recibir sumas al, o desde el exterior, y cambiar dinero mal habido por otro. ¿Y cómo lo harían si no existiéramos nosotros? ¿En la ventanilla de un banco? ¿Cómo lo harían las personas honorables que eluden impuestos, o giran sumas clandestinas al exterior “por las dudas” y no se consideran delincuentes ni cuando son descubiertos y pasan una temporadita en la sombra? Y menos aun cuando no son descubiertos (la inmensa mayoría) [...] No señores, nosotros no nos imaginamos ni por un minuto que sólo atendemos inocentes viejitos que tratan de proteger la sustancia de sus ahorros, sacándolos clandestinamente de los países mal administrados. Sabemos perfectamente que cualquier fraude, cualquier estafa, cualquier soborno recibido por alguien, cualquier evasión fiscal, crimen o conspiración tiene que recurrir forzosamente a nuestros servicios, y por supuesto, que en la inmensa mayoría de los casos los brindamos sin tener ni idea de lo que puede haber detrás de esos dineros.

Pese a esta conducta, nuestro cambista no se considera una fruta podrida aislada en medio de una flora saludable y frondosa. Por el contrario, el tronco social del árbol ya viene mal nutrido, y no se trata únicamente de un problema originado en la corteza, sino en el duramen. Son muchos los ejemplos donde el cambista muestra —siempre con un ácido sentido del humor— síntomas de la decadencia que había asolado al país y que por momentos nos hace evocar las reflexiones de Benedetti. Una de ellas tiene que ver con la clase política, buena parte de la cual durante la década del sesenta se había devaluado tanto como el peso uruguayo²⁴. El cambista tiene muchos legisladores entre su cartera de clientes, que le confían sus fondos para poder sacar un mayor rendimiento que si lo hicieran depositándolos en el ineficiente sistema oficial legislado por ellos mismos. El primer acercamiento es con un senador, “un hombre joven, locuaz y cordial” que lo atiende en el salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo, y le pide un préstamo en moneda extranjera para él y otros “compañeros de lista” a efectos de poder realizar una importación de automóviles. Se está refiriendo a un fabuloso privilegio que contenía la Ley N° 12.183 de 1955 redactada por los propios privilegiados, según la cual las personas que ocuparan cargos electivos podían gozar de los mismos beneficios que los agentes diplomáticos para la importación de automóviles libres de toda clase de recargos e impuestos. Esta norma conocida como “ley de los colachatas”, permitía entonces a los legisladores comprar autos baratos a un tercio del precio que

24 En un interesante trabajo sobre la historia de la carrera legislativa en Uruguay, el politólogo Daniel Chasqueti cita una amarga reflexión de Carlos Real de Azúa realizada en el año 1964: «Entre nosotros, resulta casi normal ver el gasto de los legisladores multiplicado por cuatro (contando, en parte, con la vertiginosa inflación que todas sus declaraciones pre-electorales declaraban poder contener). Resulta normal que se auto asignen, en la más absoluta impunidad, automóviles baratos y negociables y préstamos generosísimos; menos normal, pero sin que provoque ninguna explosiva reacción social, pasar en un artículo epilógico de una ley extensísima —el 383 de la Rendición de Cuentas de 1961—, un reajuste jubilatorio sin limitaciones para miembros del Ejecutivo, Legislativo y Entes Autónomos, así haya pasado por alguno de esos cargos fugazmente y hace varias décadas.»

pagaba el resto de la población, los cuales muchas veces eran revendidos pocos años más tarde realizando una fabulosa ganancia libre de riesgo. Cuando alude a la “ley de los colachatas” nos aclara que «Con el tiempo esta expresión se convirtió en el primer símbolo de deterioro sufrido por la reputación de nuestros políticos²⁵.»

Vemos entonces que el cambista tiene plena conciencia de la corrupción a nivel nacional, pero no solo eso. Él razona y entiende que todo forma parte de un mismo tumor que ha hecho metástasis. Nunca deja de reconocer que se beneficia prestando servicios para satisfacer actos de corrupción, evasión u otro tipo de defraudación al fisco. Veamos otro ejemplo, donde nos cuenta cómo la burocracia estatal que permitió la proliferación de actividades improductivas —la “rebelión de los amanuenses”, diría Benedetti— que contribuyeron al aumento del costo de vida de la población, también jugó en beneficio suyo.

Como todo país civilizado el Uruguay cobraba sus buenos derechos de aduana sobre las importaciones, con la consiguiente estructura burocrática donde se movían los despachantes para completar los pesadillescos trámites. Visto que el gobierno y la industria precisaban mayores ingresos, se elevaron aquellos derechos. [...] Se inventó también algo que se llamó desde entonces “recargo”. Este jocoso hallazgo no era en realidad más que un incremento de las tasas aduaneras, pero ¡oh, sorpresa! No se cobraba en la aduana, sino en un banco del Estado, que a su vez nos habilitó a nosotros los corredores de cambio para realizar estos trámites en forma similar a los despachantes de aduana. ¡Así creció un nuevo monstruo! Una nueva oficina con empleados, verificadores, técnicos, permisos, prórrogas, modificativos, adicionales, formularios en catorce vías y profesionales especializados. Toda una duplicación de algo que desde tiempo inmemorial se hacía todos los días en el monumental edificio de la Aduana. y ahora nosotros, los corredores de cambio ¡los malditos!, nos encontrábamos con el monopolio de tramitar y cobrar comisiones, y lo que es más importante, aparte de ganar sumas de dinero, disponíamos de una conveniente cortina de humo. Pero hubo algo más todavía. [...] nos convertimos de la noche a la mañana en niños mimados de los importadores e industriales, porque se sospechaba que con una “llamadita al amigo” podíamos solucionarles rápidamente sus problemas. ¡Una ganga!

La situación nacional era tan deplorable, que por primera vez comenzó a producirse una ola emigratoria. Los estudios demográficos señalan que a partir de la década del sesenta la emigración se transformó en un fenómeno estructural en la población uruguaya, y al menos desde 1963 el saldo migratorio fue negativo, con doscientos mil uruguayos que abandonaron el país entre 1963 y 1975,

25 La norma, no exenta de escándalo, fue derogada en 1967. Chasqueti agrega a su vez que el grueso de esta legislación prebendaria fue modificada en los años noventa.

esto es, cerca del 7% de la población²⁶. Nuevamente el cambista se vio beneficiado al abrírselo oportunidades para prestar sus servicios a los emigrantes para que pudieran llevarse su capital.

Nos hemos ido transformando poco a poco en un país estafalario... El único país donde hay aduanas internas y el transporte de la carne vacuna a través de ellas es reprimido con severidad draconiana²⁷. El único país donde los automóviles que en el resto del mundo están en los museos circulan por las calles. El que no vive aquí no podrá entenderlo. Quienes sabemos manejarnos en este ambiente enrarecido por la mala tradición administrativa, vivimos bien. Aunque no parece ser la regla [...] Mientras se iban los uruguayos, también el dinero se fugaba. Aquella época fue el período más provechoso para los cambistas cuyos servicios no daban abasto para atender a quienes trataban de salvar algo del descalabro.

Lo que hace especialmente interesante a nuestro personaje es que, pese a reconocer que estas regulaciones ineficientes jugaron a favor de su negocio, también afirma su convicción de que dichos actos contribuyeron al deterioro económico y social que se gestó durante casi dos décadas hasta derivar en el golpe de Estado de 1973.

Sospecho que el deterioro de la administración pública de un país, o sea el deterioro de un país, es el resultado directo de la necesidad de vivir engañando al fisco y a las autoridades. Sospecho que por ahí se llega a otros deterioros, incluso el de las calles [...] Cuando una gran parte de la economía pasa a manos de operadores clandestinos, éstos adquieren tal importancia que terminan por penetrar todas las actividades incluyendo sectores del gobierno. Se resquebraja a este nivel la moral; a la larga, los más atrevidos y crápulas van desplazando de sus cargos a la gente de bien o, por lo menos, la llevan a una silenciosa y resignada impotencia. Creo sinceramente que éste fue a lo largo de muchos años el proceso de descomposición nuestro.

Más aun, cuando en 1974 se produce la liberalización financiera que seguramente le restó una porción de su volumen de negocios, no sólo no se lamenta, sino que incluso reconoce la “sensatez” con que actuaron las autoridades al virar el rumbo de la política para salir del “desquicio económico” en el que estaba sumido el país.

En su repaso de la situación nacional, el cambista también dedica succulentos pasajes al fenómeno de la inflación. Con gran lucidez, Gruber explica al lector algo que muchas veces no es del todo apreciable: bajo un escenario de crisis severa, las presiones al alza en el mercado cambiario

26 Wanda Cabella; Adella Pellegrino, *Emigración. Diagnóstico y aportes para discutir políticas*.

27 El cambista alude a la fijación de cuotas para el consumo de carne por zona geográfica, una medida insólita que fijaron las autoridades —cada vez más acuciadas por la escasez de divisas— buscando generar un saldo exportable por exceso de oferta de carne en el interior del país. Sin embargo, el exceso de demanda en Montevideo motivó a los consumidores a ingresar carne “de contrabando” desde Canelones, lo cual dio lugar a controles estatales en el límite de ambos departamentos como si fueran dos países distintos.

no son atribuibles a un aumento de la demanda de dólares, sino a una caída de la demanda de dinero. Y el dinero —es decir, la moneda nacional emitida en un país— tiene un valor como cualquier otro activo, que en este caso se mide a través de la cantidad de bienes y servicios que se puedan adquirir con él, o lo que es lo mismo, la inversa del nivel de precios. Por eso, en las economías con inflación alta y creciente suele caer la demanda de dinero, cuya contracara es el aumento de la demanda de dólares. En cuanto a la inflación en sí, su persistencia es síntoma de la existencia de fallas en la administración de un país.

La cotización cambiaria libre, aquella que marca la oferta y la demanda, hace de termómetro en la economía y finanzas de un país. La fiebre cambiaria no hace subir la cotización de las monedas extranjeras. Estas suben gracias a los errores de los gobernantes cuando son apreciados por los particulares que se apresuran a comprar divisas, deshaciéndose como pueden de los billetes impresos por los que maladministran el país.

Sigamos recorriendo la primera parte de la novela —que en muchos de sus pasajes se asemeja a un curso didáctico de economía aplicada— con algunos ejemplos de cómo incidió el fenómeno de la inflación en la conducta de los uruguayos. Uno de los tantos mercados regulados en aquella época era el de alquileres, cuyo control pasó a la órbita estatal a partir de la Ley N° 10.460 de 1943. La norma disponía la potestad de incidir en los contratos privados estableciendo rebajas, e incluyendo la posibilidad de recortar lo que un inquilino denunciara como “notoriamente excesivo” ante un Jurado de Alquileres. Años más tarde, cuando la inflación levantó vuelo, esta norma perjudicó gravemente al propietario arrendador —quien, según Ramón Díaz, era “con frecuencia menos pudiente que el inquilino, y eventualmente mucho menos pudiente en gran número de casos”— e indudablemente afectó la industria de la construcción —y por extensión, a la inversión nacional— por falta de incentivos a construir viviendas para arrendamiento²⁸. El cambista nos cuenta cómo su padre se las ingenió para mantener el poder adquisitivo de su renta de alquiler, cobrándolo contra un porcentaje del sueldo de su empleado (que ajustaba a la par de la inflación). Quien sabe si al escribir el siguiente pasaje, Gruber no estaría honrando la memoria del viejo Henryk.

Hay algo significativo en el hecho de que papá no tuviera necesidad de deshacerse de nuestra casa anterior, la que desde entonces le dio una pequeña renta al alquilársela a un subordinado suyo por un porcentaje de su sueldo. ¡Díganme ustedes si papá, hace veinte años, no demostró

28 La construcción fue por lejos el sector de actividad más afectado en los diez años que van de 1955 a 1965. Durante dicho período, mientras los restantes sectores de la industria, agropecuaria y servicios registraron un estancamiento productivo, la construcción verificó una contracción del 33% en términos reales. (fuente: Banco Central del Uruguay)

ser un genio financiero! Instintivamente encontró una fórmula para ponerse al abrigo del fenómeno inflacionario. ¡Más que eso! Previendo quizás la legislación que en su desenfreno demagógico habría de regalar prácticamente a los inquilinos las viviendas alquiladas, entregó su casa a quien tenía bajo su dependencia jerárquica. De no ser así cualquier leguleyo le hubiera hecho tragar el contrato firmado entre ambos.

Por otra parte, la inflación fomenta el endeudamiento cuando se toman deudas a tasa de interés fija, ya que los intereses caen medidos en términos reales al ser licuados con el aumento de precios. Como buen conocedor de economía y finanzas, el cambista aprovecha esta situación para especular en inversiones inmobiliarias tomando a cargo elevadas hipotecas.

De repente se podían adquirir cosas, estancias y acciones de empresas por cifras que traducidas a valores externos eran algo irrisorio. Sin tener en cuenta mi situación de hombre endeudado por la reciente compra del apartamento, recorrí las antesalas de mis amigos, pedí dinero prestado y adquirí una segunda propiedad. Hipotequé ambas por un valor muy superior al de mis posibilidades de amortización porque sabía perfectamente que la inflación se encargaría de borrar mis deudas.

En resumidas cuentas, la primera parte del libro es tan interesante desde el punto de vista de la interpretación económica de la coyuntura histórica de la época y son tantos los pasajes ilustrativos que citarlos a todos equivaldría casi a replicar la novela. Para no hacer más extensivo este pasaje, baste señalar que algunos de los problemas urbanos que actualmente aquejan a la sociedad (o que al menos la aquejaban hasta hace muy pocos años), sorprendentemente ya eran denunciados por el cambista cincuenta años atrás: los carros recolectores de basura tirados por equinos, el problema de la basura (*“No debe existir en el mundo una ciudad habitada por gente con tan elevado grado de civilización, pero también capaz de acumular tales montañas de desperdicios. ¡Admitámoslo! Somos un pueblo que tira las sobras a la calle o en terrenos baldíos y no lo hacemos porque seamos más sucios que otros sino porque podemos depositarlas impunemente donde se nos da la santísima gana. ¡Es una mala costumbre nomás...!”*), o la eterna promesa de construir el puente sobre la laguna Garzón²⁹.

La segunda parte de la novela se centra en un episodio específico vinculado a una transacción con un cliente argentino. En forma resumida, los hechos son los siguientes: pocos días antes de que se produjera el golpe de Estado en Argentina —24 de marzo de 1976— el cambista

²⁹ El puente de Laguna Garzón recién fue inaugurado el 22 de diciembre de 2015.

recibe en su escritorio de la Ciudad Vieja la visita de un argentino que se presenta con el extraño nombre de Iris Romeo Bellinzonechio, y que trae dos valijas repletas de pesos argentinos para cambiarlos por dólares y dejarlos como depósito. El cambista acepta el depósito no sin reticencia, convencido de que se trata de dinero de procedencia muy oscura lo cual puede acarrearle problemas. En principio los fondos quedarán en custodia del cambista, quien sospecha que Bellinzonechio debe ser socio o testaferro del jerarca de un grupo parapolicial ilegalmente amparado por el gobierno. El dinero queda en custodia teóricamente por un par de meses, y Bellinzonechio acepta no cobrar los intereses generados con tal de resguardar cuanto antes su capital en un sitio seguro. Pocos días más tarde se produce el golpe de Estado. Mientras tanto, el cambista ha invertido los fondos en el exterior, lo cual le reporta jugosos intereses que pasan a ser de su propiedad según lo pactado. Transcurren varios meses sin que Bellinzonechio de muestras de vida, y el cambista concluye que seguramente fue víctima de asesinato político al igual que otros miles producidos durante la dictadura, por lo que comienza a hacerse la idea de que no sólo los intereses, sino también el capital terminará siendo suyo. Sin embargo, un mal día se apersona en su escritorio un extraño sujeto, también argentino, de nombre Blas Zapicán Bonpland, seguramente miembro de algún grupo mafioso vinculado a la dictadura. Tras mostrarle fotos de distintas fases de tortura a la que fue sometido Bellinzonechio hasta su muerte, Bonpland le reclama al cambista la retribución del capital financiero más los intereses acumulados. El cambista no dispone de esos fondos, pues se ha gastado los intereses en consumo personal, y además había utilizado parte del capital para hacer frente a necesidades de liquidez que se le presentaron en su negocio. El resto de la novela relata cómo se las ingeniará el cambista para salir de esta situación que pone gravemente en riesgo su vida. Pero como hicimos con la primera parte, interesa comentar algunos aspectos de la coyuntura para interpretar los acontecimientos descritos desde el punto de vista económico. En particular, hay dos elementos que subyacen en la interpretación económica de esta sección: los movimientos de capitales de Argentina hacia Uruguay; y el turismo bilateral entre ambos países. Son dos elementos que ya estaban presentes en la década del setenta, siguen prevaleciendo en el siglo XXI y constituyen aspectos esenciales de los lazos económicos que vinculan a Uruguay con Argentina.

El derrotero de la economía argentina durante el siglo XX fue muy similar al de la uruguaya, con un modelo proteccionista de industrialización sustitutiva de importaciones que había

comenzado a crujir a comienzos de la década del cincuenta, control de cambios, políticas fiscales y monetarias expansivas, inflación creciente y un nivel de ingreso per cápita que si bien tuvo un desempeño más favorable que el de Uruguay —donde como ya vimos, el estancamiento fue absoluto—, de todas formas creció muy por debajo de otras naciones los veinte años transcurridos entre 1955 y 1975, lo cual llevó a que Argentina también perdiera grandes posibilidades de desarrollo en una época de crecimiento muy dinámico para el resto del mundo. En las elecciones celebradas en marzo de 1973, tras dieciocho años de proscripción el peronismo volvió al poder con el triunfo de Héctor Cámpora, y el 20 de junio Perón retornó de su exilio en España, lo cual llevó a la renuncia de Cámpora y la realización de nuevas elecciones en el mes de setiembre, cuando ganó la fórmula de Perón con su esposa Isabel. 1973 fue un año con buenos resultados en materia económica: elevados precios internacionales de exportación, crecimiento, bajo desempleo y caída en la tasa de inflación a raíz de programa de congelación de precios instaurado por el ministro de Economía José Ber Gelbard. Sin embargo, el clima social era muy tenso, con heridas abiertas que había dejado la dictadura anterior, y divisiones ideológicas entre grupos de izquierda (Montoneros) y derecha (Triple A) a la interna del peronismo, que derivaron en una serie de asesinatos políticos y violencia callejera que menoscabó la confianza en el sistema democrático. Este delicado equilibrio apenas pudo ser mantenido gracias a la personalidad de Perón que quiso imponer un pacto social. Pero tras su sorpresiva muerte el 1 de julio de 1974 el gobierno quedó totalmente a la deriva. Isabel no estaba preparada para ejercer la autoridad, e inclinó su apoyo a los grupos de derecha que persiguieron y asesinaron detractores con impunidad bajo la dirección del Ministro de Bienestar Social José López Rega³⁰. Lo que vivió Argentina durante los años terroríficos que siguieron a la muerte de Perón fue descrito concisamente por el autor sueco especializado en América Latina, Nathan Schachar:

Los escuadrones de la muerte comenzaron a operar varios años antes de la toma formal del poder por parte de los militares. El gran terror estalló después de la muerte de Perón, en 1974. Las diferencias entre activistas subversivos y simpatizantes pasivos eran presentadas como

30 Durante los pocos meses que le tocó gobernar, el propio Perón ya había dado señales de volcar su preferencia hacia los grupos de derecha en la interna del Partido, probablemente influenciado por López Rega que fue su secretario privado durante el exilio en España. Por su parte, la influencia que López Rega —también apodado «el Brujo»— tuvo sobre Isabel Perón se dio a través de la común afición al espiritismo. Vale la pena reproducir el siguiente comentario mordaz del cambista: «Un pequeño detalle pintoresco ilustra hasta qué punto los representantes de la autoridad habían perdido todo vestigio de pudor, mientras un conspicuo dirigente político argentino achacaba el origen de todos los males del país al cruce en el cielo de astros poco propicios, algo que, según declaraciones ampliamente publicitadas en el mundo entero, sólo podía volver a ocurrir recién al cabo de los próximos 21.000 años. No faltó quien suspirase aliviado al enterarse de tan venturoso porvenir.»

sutiles y cínicas cortinas de humo. Se decía, y luego se confirmó, que cuando se arrestaba a un sospechoso de activismo su agenda de direcciones se convertía en la terrible lista de una masacre. Todos los que allí figuraban estaban en peligro: la profesora de piano, el carnicero o el familiar lejano. En la avalancha combinatoria de nombres que siguió, alrededor de 25.000 personas fueron asesinadas [...] El asesinato, por parte de autoridades argentinas, de sus propios ciudadanos entre 1974 y 1982 es único. Nada parecido había sucedido en Occidente desde la Segunda Guerra Mundial³¹.

Para colmo de males, la situación económica se deterioró con una caída de la relación de términos de intercambio tras el aumento vertical de los precios internacionales de importación por el shock externo petrolero, que llevó a un déficit en la balanza comercial con abrupta caída de reservas. Por otra parte, la combinación de aumentos salariales y precios fijos administrados deterioró fuertemente la rentabilidad de las empresas, y en el segundo semestre de 1974 comenzaron a proliferar la escasez y el aumento ilegal de precios en mercados negros³². Finalmente, el período estuvo marcado por un colapso de las finanzas públicas por exceso del gasto que provocó un aumento vertiginoso del déficit fiscal. En junio de 1975 el nuevo Ministro de Economía Celestino Rodrigo intentó restablecer los equilibrios macroeconómicos a través de un paquete de medidas de ajuste recordado como “El Rodrigazo”: devaluación del 160% en el tipo de cambio comercial (de \$ 10 a \$ 26) y 100% en el tipo de cambio financiero, desdoblamiento cambiario con un dólar turístico; aumento de tarifas del 75% (electricidad), 100% (servicios públicos) y 180% (combustibles) y suspensión de negociaciones salariales³³. El estallido social no se hizo esperar: Rodrigo tuvo que abandonar el cargo a poco más de un mes de haber asumido, y López Rega (quien lo había apadrinado) huyó a España³⁴.

A partir de entonces la situación económica, política y social era totalmente incontrolable, por lo que el golpe de Estado era cuestión de tiempo. Los libros de historia y relatos de quienes vivieron en aquella época coinciden en señalar que durante los meses previos al golpe de marzo de

31 Nathan Schachar, *To the land of jaguars* (2001). Extraído de *Historia de la crisis argentina* de Mauricio Rojas. La estimación de Schachar incluye los asesinatos y desapariciones durante la dictadura (organismos de derechos humanos estiman que la cifra real se aproxima a 30.000). Si se considera únicamente el período que va de 1973 a marzo de 1976, el número de personas asesinadas por la Triple A y otros grupos parapoliciales fue de al menos 683 registros identificados según el Proyecto Desaparecidos (www.desaparecidos.org). La misma fuente menciona 492 muertos (mayormente policías) en manos de los grupos guerrilleros Montoneros y Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). En total son unos 1200 asesinatos políticos, una cifra asombrosamente alta considerando que se estaba bajo un gobierno democrático.

32 Federico Sturzenegger, *Descripción de una experiencia populista: Argentina, 1973-1976*.

33 Pocos días más tarde la Presidenta anunció una elevación de los límites de ajustes salariales ante la presión sindical.

34 Tras la caída de Isabel Perón, López Rega fue requerido por la justicia, por lo que huyó a Suiza y posteriormente a Bahamas y Miami. En 1986 fue detenido por el FBI y lo extraditaron a Argentina donde fue procesado por asociación ilícita, secuestro y homicidio. Murió en 1989 mientras esperaba la condena.

1976 el país estuvo sumido en un estado de anarquía. En lo estrictamente económico, el telón de fondo era el gigantesco déficit fiscal financiado con emisión monetaria ante la imposibilidad de acceder al crédito externo por estar en default: al finalizar el año 1975 el déficit había saltado a una astronómica cifra equivalente al 16% del PIB, y se asistió a una inédita explosión inflacionaria con una tasa de aumento de precios del 335%. En su afán por desprenderse de pesos argentinos que cada vez valían menos, el dólar fue el activo natural preferido que escogieron los argentinos para salvaguardar sus mermados ahorros por lo que el tipo de cambio tuvo un salto aun mayor que los precios minoristas.

Para terminar de entender esta coyuntura, en el frente externo operaba un control de cambios tal como había ocurrido en Uruguay hasta setiembre de 1974. Bajo este sistema, había un tipo de cambio comercial controlado al cual se compraban y vendían dólares para las importaciones y exportaciones, y un tipo de cambio financiero que operaba libremente para las transferencias de capitales e intereses, a un precio superior al comercial. Pero como además existían restricciones a la salida de fondos (por ejemplo, compra de dólares para atesoramiento) se consolidó un mercado paralelo de divisas no reconocido legalmente³⁵. Históricamente los controles de cambio en las operaciones comerciales demostraron ser ineficaces para detener la fuga de capitales y caída de reservas, pero además suelen dar lugar a la corrupción. Cuando un mismo bien homogéneo tiene dos precios distintos en dos mercados controlados y segmentados, nace el incentivo a sortear dichos controles para comprarlo barato en un mercado y venderlo caro en el otro, logrando así una ganancia libre de riesgo. Una de las variantes consiste en la sobredeclaración de importaciones para comprar dólares baratos al precio comercial (en connivencia con el funcionario omiso o corrupto que los provee) para luego venderlos a mayor precio en el mercado paralelo (cuanto mayor sea la brecha entre el dólar paralelo y el dólar comercial, mayor será la tasa de ganancia)³⁶. En Argentina este fenómeno se dio de forma totalmente descomedida según nos cuenta el cambista:

35 La historia del control de cambios en Argentina no deja de escribirse; persiste y se repite a sí misma hasta nuestros días. Al momento de escribir esto, el control fue reeditado en noviembre de 2019 con la prohibición de comprar más de USD 200 mensuales. En diciembre se sumó el desdoblamiento cambiario con la creación de un dólar *turista* 30% más caro que el oficial y que aplica para las compras con tarjeta de crédito y débito emitidas por bancos argentinos. El mercado que otrora fuera llamado *paralelo*, actualmente es conocido con un término eufemístico más afrancesado: *blue*. En todos los casos estamos hablando de mercado negro.

36 Un procedimiento análogo era el de subdeclaración de exportaciones: puesto que existía obligación de entregar las divisas de exportación a los bancos oficiales convertidos al tipo de cambio comercial, bastaba el acuerdo del exportador nacional con el importador del exterior para que parte del pago se realizara por otro sistema no documentado en la venta registrada, y así poder convertir el excedente a moneda nacional al tipo de cambio financiero. Estas prácticas fraudulentas también ocurrieron durante la era del control de cambios en Uruguay (Walter Cancela y Alicia Melgar, *El desarrollo frustrado. 30 años de economía uruguaya 1955-1985*).

Tenemos una fórmula extremadamente simple para estimar la dimensión de cualquier fenómeno argentino. Allí todo es aproximadamente diez veces mayor que aquí y hay quien dice quince, salvo claro está, la corrupción, que solía ser cien veces más pronunciada desde épocas inmemoriales. Constituía el auténtico flagelo de aquel país [...] Dejemos de lado asuntos tan “ambiciosos” como el soborno, la venta de permisos de importación para autos o una rebanada en las compras y contratos de obras públicas. No. Me refiero al expediente de venderle a los compinches, en bancos oficiales, moneda extranjera a un precio más bajo del que se pagaba en la plaza. Cruzando la calle revendían luego estas divisas a un cambista, duplicando la plata, para volver al banco con el dinero conseguido y comprar otra cantidad mayor [...] Pero como les dije, hay cosas que lo dejan a uno sin aliento. Si creen Ustedes que el cuadro del sencillito sistema basado en el tipo de manejos cambiarios que les cuento era algo merecedor de ser colgado al lado del retrato de la Mona Lisa en el Louvre, sepan que hasta eso fue superado cuando, en los últimos tiempos del régimen depuesto, se recurrió al simple expediente de emitir billetes de banco para entregárselos en mano propia a los amigos “políticos”. ¡Más simple no podía ser! ¡A qué santo complicarse teniendo que ir y volver muchas veces! Una emisión, un regalo, y vaya Usted a donde quiera a comprar la moneda que se le ocurra. Se trataba entonces de los últimos meses... la agonía del régimen capitaneado por la viuda del fallecido presidente: Isabel Perón. El “crack” de esta saqueada economía no se podía hacer esperar. Se comprobó entonces fehacientemente como el dinero recién impreso y entregado sólo para que alguien corriera a un cambio a comprar divisas, terminaba por no valer absolutamente nada. Pero lo que se dice ab-so-lu-ta-men-te nada. O casi...

Por mayor control de cambios que hubiere, semejante desmanejo monetario solo podía tener como resultado una huida en masa de la moneda nacional. El exceso de oferta monetaria generado por la mayor emisión se vio amplificado por una contracción de la demanda de dinero, y en un escenario de estancamiento productivo eso solo podía significar un estallido inflacionario. Entre fines de 1975 y comienzos de 1976 Argentina estuvo al borde de experimentar la primera hiperinflación de su historia³⁷. La estampida en la demanda de divisas para refugiarse de la inflación se manifestó en un salto del dólar en el mercado informal³⁸. De este modo, la brecha entre el tipo de cambio paralelo y comercial llegó al 220% —es decir, una relación de más de 3 a 1— en febrero de 1976³⁹. El dólar, que en el mercado paralelo había cotizado en el orden de \$ 28 en marzo de

37 La historia económica de Argentina en la segunda mitad del siglo XX es una historia de permanente envejecimiento de la moneda nacional. Esto se ve a través de la inflación, que durante las tres décadas que van de 1958 a 1988 fue del 140% en promedio anual. Luego vino la hiperinflación de 1989 bajo la cual los precios aumentaron 4.924% solamente en dicho año. Otra forma ilustrativa de demostrar la pérdida de valor de la moneda es a través de los sucesivos cambios de signo monetario, consistente en simplificar el número de ceros (causados por la inflación) en los precios fijados bajo la nueva moneda para facilitar el cálculo económico. En los 91 años que van de 1881 a 1970, el país tuvo una única moneda: el Peso Moneda Nacional. En los siguientes 22 años —desde 1970 hasta 1992— hubo cuatro cambios de signo monetario que implicaron una eliminación acumulada de trece ceros. De modo que la relación ente el Peso Moneda Nacional original y el Peso actualmente vigente es de \$MN 1 = \$ 0,00000000000001.

38 Esto se vio agravado por la menor oferta de dólares debido al creciente déficit comercial provocado por la sobrevaluación de la moneda en el mercado oficial, lo cual contribuyó a la caída de reservas.

39 Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas, *El control de cambios en la Argentina*. El cambista alude a la relación de 3 a 1 cuando compra una filmadora japonesa Super 8 en un comercio de Buenos Aires a un tercio de su valor, producto de la brecha cambiaria.

1975 (previo a la primera megadevaluación del “Rodrigazo”), saltó a \$ 325 a comienzos de marzo de 1976, pocos días antes del golpe⁴⁰. Semejante explosión cambiaria casi tan violenta como la mismísima violencia política y física que se vivía a diario en las calles debió haber hecho caer de rodillas en señal de prosternación a muchos argentinos católicos convencidos de la inminente llegada de Armagedón.

Mientras tanto, nuestro cambista oriental, siempre afecto a la búsqueda de buenos negocios, vio una nueva oportunidad. Si bien en este caso nos cuenta que el móvil que lo llevó a cruzar el río fue más bien hijo de la curiosidad (*“Fui a Buenos Aires en ese momento porque toda la vida me fascinó la idea de presenciar algún día los fenómenos que pueden ocurrir cuando un país entero cae en bancarrota”*). El comercio bilateral de turismo entre Argentina y Uruguay siempre tuvo un patrón bien definido: los argentinos cruzan el río para hacer turismo de sol y playa, mientras que los uruguayos cruzan para hacer turismo de compras. Esto último suele intensificarse cuando Argentina se abarata en dólares ante un salto cambiario, tal como sucedió en aquel verano de 1976. Súbitamente, los consumidores no residentes —no sólo uruguayos sino también bolivianos, paraguayos, chilenos y brasileños como relata el cambista— cuyas monedas se habían fortalecido contra el peso argentino, vieron la misma oportunidad. Además de los servicios, también estaban más baratos los bienes importados pese al aumento del dólar, pues gracias al control de cambios los productos importados estaban valuados a un tipo de cambio comercial tres veces inferior al del mercado paralelo por la consabida brecha. Por tanto, con sus dólares vendidos en el mercado paralelo los turistas podían comprar bienes importados a un tercio del valor que habrían pagado de no existir tal brecha. Cedamos nuevamente la palabra al cambista para que nos cuente cómo se desarrollaba este “contrabando-safari”:

Las autoridades locales, quizás en su afán de hacer creer (¿a quién, me pregunto?) que el valor del dinero era aquel que habían fijado para regalarlo al grupo de amigos, también permitieron importar mercaderías favoreciéndolas con el mismo tipo de cambio. ¿Resultado? ¡Se lo pueden imaginar! [...] La inflación, que ya se había desatado, no se había convertido aún en escasez, como ocurrió más tarde. Mientras el gobierno vendiera dólares baratos para importar, había mercadería accesible en los escaparates, de modo que era preciso ir con tino. Las monedas extranjeras, hasta nuestro pobre y tan vilipendiado peso uruguayo, subían mucho más rápidamente que todas las cosas que a Gudrun y a los demás aprovechados compradores se nos antojaba adquirir. Yo me levantaba entonces a las diez de la mañana, a las once vendía unos cuantos dólares, tantos como para que con los pesos que me daban pudiera realizar

40 www.billetesargentinos.com.ar.

compras, digamos, hasta las cuatro de la tarde (había que olvidarse del almuerzo). A las cuatro, acabadas mis reservas de pesos argentinos, volvía a lo de algún cambista conocido y le vendía otro montoncito de dólares que ya valía algo más (a veces bastante más) que a las once. Y vuelta a comprar a precios que aún no habían subido, hasta que los comercios cerraban. [...] Estábamos frente a una gigantesca liquidación. De todas partes del hemisferio venían a comprar. ¿Cómo no iban a hacerlo los uruguayos? Si hasta el ente oficial aeronáutico del país dio superávit durante aquellos felices tiempos de tanta gente que viajaba.

En su oficina de la Ciudad Vieja, el negocio del cambista también florecía. Muchos argentinos cruzaban el río con sus depreciados pesos para cambiarlos por dólares. El cambista luego revendía esos pesos a un tipo de cambio inferior a turistas uruguayos o extranjeros que quisieran hacer turismo de compras en Argentina, realizando de este modo una ganancia.

En los grandes centros financieros de ultramar los pesos argentinos (y lamento decirlo, también los uruguayos) eran considerados normalmente monedas exóticas. ¡Cómo no lo sería el dinero de la república hermana cuando empezó a emitirse a un ritmo tan veloz como lo permitían las impresoras! No señor. Para el dueño de un baúl lleno de billetes argentinos, Montevideo era el único lugar donde podía negociar los. Por algo somos especialistas en la materia. Nos habíamos convertido en el principal refugio de la moneda argentina en pleno tren de huir de su país de origen, porque los agentes de cambio al servicio de bolivianos, paraguayos, brasileños y todos los demás primos latinoamericanos, enfrentados con una demanda sin precedentes por parte de quienes iban corriendo a hacer sus compras a Buenos Aires, venían a Montevideo a buscar aquellos pesos argentinos.

Uno de los clientes que se acercó a su escritorio con pesos argentinos no sólo para cambiarlos por dólares sino también para depositarlos, fue Iris Romeo Bellinzonacchio. El cambista en seguida advirtió que era *“dinero más negro que el dinero negrísimo que acostumbrábamos manejar”*. Y el destino que pretende darle Bellinzonacchio es el mismo que tradicionalmente se asignó a los capitales fugados de Argentina: la inversión inmobiliaria (*“Estamos invirtiendo en un par de edificios, Punta del Este, ¿sabés?, como todos los argentinos. ¡Ha! ¡ha! ¡ha!, qué país divino, ¡como nos sacan el cuero! ¡Da gusto! Un placer para la víctima y buen provecho para los orientales.”*). Ciertamente, Punta del Este experimentó un auténtico *boom* edilicio en la segunda mitad de la década del setenta, de la mano del aumento de los ingresos de la población medidos en dólares dado que la inflación se situó muy por encima de la variación del tipo de cambio, el cual se vio moderado por la oferta de divisas proveniente del abundante ingreso de capitales que vivió el país en aquella época⁴¹. Los contextos

41 El encarecimiento en dólares se reforzó con la política de anclaje cambiario basada en la tablita a partir de 1978, como ya fue comentado. Con el tipo de cambio fijo, el ingreso de capitales (y consecuentemente el aumento de reservas) tuvo como contrapartida

de alta inflación en dólares suelen ser muy propicios para el desarrollo de la industria de la construcción toda vez que los ingresos medidos en dólares —unidad de cuenta a la cual se realizan las transacciones de inmuebles— aumentan, y la inversión en propiedades pasa a ser una alternativa de inversión atractiva. De este modo, entre 1975 y 1981, mientras la producción global medida a través del PIB aumentó una tasa acumulativa anual del 4,1%, la construcción creció a un impresionante 10,8%⁴². A modo ilustrativo, el proyecto de construcción del emblemático edificio *El Torreón*, uno de los de mayor éxito comercial de la historia de Punta del Este, fue ejecutado durante pleno *boom* y se inauguró en 1979. Uno de sus desarrolladores cuenta que la demanda era tan alta que cada apartamento se vendió cuatro veces durante la obra (es decir, era comprado y revendido a mayor precio mientras las obras aun estaban en marcha) y en aquel entonces llegó a costar 500.000 dólares, más caro que un apartamento en Manhattan⁴³.

El último giro de tuerca de esta novela económica tiene que ver con los problemas de liquidez que debió afrontar el cambista en los meses siguientes, lo cual imposibilitará hacer frente a la demanda de retiro de los fondos de Bellinzonacchio. La exposición es ilustrativa sobre cómo funciona el proceso de intermediación financiera, lo mismo da si son operaciones legales o ilegales. La esencia del negocio bancario consiste en captar depósitos y con ese dinero otorgar préstamos, siendo la diferencia entre los intereses cobrados y los intereses pagados el margen bruto del banquero⁴⁴. Ante un eventual retiro de depósitos el banco debe tener suficiente liquidez para poder hacer frente a dicha demanda, es decir, no puede tener toda la plata prestada. Por otra parte, cuando el banco no puede recuperar una parte importante de los créditos otorgados, el riesgo de no poder devolver depósitos pasa a ser ya no de liquidez, sino de solvencia. El riesgo se acrecienta cuando los préstamos son otorgados por fuera de las regulaciones bancarias, pues el acreedor no tiene recurso legal para obligar al deudor ni puede acudir al banco central como prestamista de última instancia. Estos problemas combinados comenzó a padecerlos el cambista a fines de 1976.

un aumento de la base monetaria (pues la compra de los dólares que ingresan a la economía se paga con pesos) que el BCU no esterilizó.

42 Cálculos elaborados en base al Boletín Estadístico del BCU.

43 Pablo Vierci, *Construir Uruguay. 100 años de la Cámara de la Construcción en Uruguay*. La anécdota de *El Torreón* es contada por el promotor inmobiliario Iván Arcos que participó del proyecto.

44 A dicho margen luego deben deducirse los costos operativos fijos e impuestos para llegar a la ganancia final de la empresa.

El primer síntoma de crisis se produce con algunos de sus deudores. Uno de sus clientes no pudo devolverle un préstamo, pues con ese dinero había realizado inversiones riesgosas en un banco de Nueva York propiedad de quien según se decía, era el “banquero de la sedición argentina”, y que terminó en quiebra. Este cliente también cayó en mora frente a otros acreedores que a su vez eran deudores del cambista, con cual el impacto de la mora se multiplicó. Como tantas otras veces, aunque no lo menciona en forma explícita el cambista está aludiendo a un hecho real. Se trata del American Bank & Trust que perteneció al empresario y banquero argentino David Graiver, sospechoso de haber tenido vinculación con la agrupación Montoneros y de haberles administrado los fondos provenientes del rescate millonario por el secuestro de los hermanos Juan y Jorge Born⁴⁵. Graiver murió en agosto de 1976 en un dudoso accidente de avión en México que no estuvo exento de sospecha de asesinato político⁴⁶. El ABT quebró en setiembre del mismo año, afectado por una administración fraudulenta.

En otra coyuntura, los deudores del cambista podrían haber honrado sus compromisos mediante el acceso a nuevos créditos estatales. De hecho, la expansión crediticia a tasas blandas era una costumbre muy arraigada como ya hemos visto. Sin embargo, la nueva política económica dio un giro radical a partir de 1974 y restringió su política crediticia⁴⁷. Los problemas de incobrabilidad son resumidos por nuestro cambista en el siguiente pasaje.

Fuera lo que fuera, mis clientes habían perdido su dinero. Para peor la situación se había complicado porque el Estado, en el afán de combatir la inflación (oh, los eternos afanes del Estado; y, por favor, no es un juego intencional de palabras) había restringido sus créditos a los empresarios. Yo creo que nuestro gobierno, después de muchos años sí, se dio cuenta, que un apoyo generoso a determinadas compañías e individuos servía para que éstos desviarán el dinero recibido hacia inversiones que no tenían nada que ver con sus actividades específicas. Quiero decir que en vez de usar sus ganancias y recursos propios para financiar el giro de las empresas, esta gente invertía en valores especulativos en lejanos países, y posteriormente se arribaban sombrero en mano para pedir dinero prestado a los Bancos oficiales. Esto se

45 Ambos eran directores de Bunge & Born, el mayor conglomerado de producción y exportación de cereales en Argentina. El secuestro se produjo el 19 de setiembre de 1974, y se estima que el monto pagado por el rescate fue realmente millonario. En un pasaje del libro, el cambista también alude al secuestro cuando hace referencia al origen oscuro de los capitales de la región que arriban a su escritorio: «Y cuando en nuestra vecina República Argentina se pagó en una sola semana rescates de dos empresarios multimillonarios por un valor semejante al de toda la lana producida en un año por 20 millones de ovejas uruguayas, ¿dónde, sino en nuestro país, se entregó el dinero? Así por lo menos lo aseguran los colegas que presumen de enterados.»

46 Posteriormente, la familia Graiver fue detenida por la dictadura por su vinculación con los Montoneros, y tortura mediante se los obligó a vender el 26% de las acciones de Papel prensa que eran de su propiedad.

47 «Entre 1974 y 1978 la política monetaria intentó restringir la oferta de dinero de acuerdo al objetivo de incontinencia monetaria que presidía al modelo. En consecuencia se aplicó una política monetaria muy estricta sobre los instrumentos de control de la oferta monetaria, como el encaje, las operaciones de mercado abierto, el crédito al gobierno central y las formas de expansión monetaria a través del crédito interno, fundamentalmente el redescuento y los anticipos a las exportaciones.» Alberto Bensión, *El modelo de apertura económica (1974 – 1981)*.

llamaba “escasez de circulante”, y significaba que, salvo que el gobierno les hubiera dado más crédito, cosa que no hizo, tendrían que haber recurrido a sus fondos propios para devolverme lo mío. Y los fondos propios los habían perdido en aquellas inversiones bancarias.

Además de los problemas de incobrabilidad de los créditos otorgados, también se verificó una merma en la captación de fondos frescos a través de nuevos depósitos. Por un lado, la liberalización financiera que permitió a los residentes mantener cuentas en dólares en el sistema bancario local sin topes aplicables a las tasas de interés pasivas, seguramente motivó a muchos depositantes —cuyos fondos fueran blancos, claro está— a colocar sus ahorros en el sistema bancario regulado. Por otra parte, las captaciones provenientes de Argentina disminuyeron drásticamente luego de la liberalización financiera aplicada en aquel país a partir de 1977 bajo la conducción del ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz, lo cual revirtió la salida de capitales que se venía dando⁴⁸.

Quienes me debían plata no me la devolvían. Quienes solían dejar sus depósitos por un plazo largo exigían su entrega. Nadie me traía más dinero. La clientela nueva brillaba por su ausencia. Para peor los malditos hermanos argentinos no solamente parecían estar ahora gobernados por una administración que les daba suficiente confianza como para no sacar más plata de allí, sino que eficazmente los alentaban para repatriar la que tenían en el exterior.

El pasivo del cambista está compuesto mayormente por dos grandes depósitos cuyos propietarios están vinculados a la mafia: el brasileño Moacyr Souza Luque da Fonseca Caiado, y el argentino Iris Romeo Bellinzonacchio. En aquel contexto de fragilidad financiera con problemas de liquidez para afrontar retiros (y naturalmente, sin posibilidad de solicitar asistencia al BCU), mientras ninguno de los dos viniera a reclamar su capital el negocio del cambista —así como su integridad física— no corría mayores riesgos. Sin embargo, la llegada de Bonpland a exigir la restitución del fondo Bellinzonacchio trastoca los planes y deriva a la trama final con la que concluye la novela.

¿Por qué algunos países se enriquecen mientras otros se empobrecen? ¿Cómo y por qué se producen las crisis económicas? ¿Qué secuelas dejan estas crisis en las sociedades? ¿Cómo inciden la institucionalidad de los países y la idiosincrasia de sus habitantes en el devenir económico?

⁴⁸ El modelo de política económica aplicado tanto en Argentina como en Uruguay tenía graves problemas de diseño, como se comenta más adelante. Cuando estas inconsistencias quedaron de manifiesto volvió a revertirse el flujo de capitales lo cual llevó a la crisis cambiaria en ambos países en 1981 y 1982 respectivamente. Cuando el cambista escribe sus memorias esto aún no había ocurrido.

¿Existe el equilibrio óptimo entre libre mercado e intervención estatal? ¿Es dicha fórmula igualmente replicable en cualquier país? Son todas interrogantes que despiertan fascinación en mucha gente interesada en el desarrollo económico y social de las naciones. Cientos de excelentes libros de texto ofrecen una respuesta, aunque muchos de ellos están escritos en un lenguaje abstruso que en ocasiones desafía la capacidad de entendimiento del lector común (y también de algunos economistas). Ya hemos dicho que la literatura ofrece un abordaje distinto. Y cuando la literatura se junta con la economía, una explicación técnica puede presentarse de un modo más accesible a través de una historia o una ficción. Tal vez sea eso lo que buscó Juan Enrique Gruber con *Así habló el cambista*, y en opinión de quien esto escribe el modo en que lo logra es digno de encomio. Existen registros de elogiosa crítica en prensa cuando fue publicada la novela, aunque tuvo escaso impacto en los años siguientes. Puede que uno de los motivos radique en que, debido a su prematuro deceso, el autor no tuvo tiempo de consolidar su trayectoria por medio de una mayor producción. En una de las entrevistas que le realizaron, Veiroj ensayó otra explicación con la cual tiendo a coincidir: quizá no eran los tiempos políticos para un libro de esas características. Sorprende incluso que se haya publicado en Argentina bajo plena dictadura, considerando que Bonpland seguramente pertenecía al gobierno de facto.

Según hemos visto, la novela repasa uno de los períodos más interesantes de la historia económica contemporánea, y lo hace en forma clara con un cuerpo conceptual definido sin que vaya en desmedro de la historia que nos cuenta: las vicisitudes del cambista en torno a los negociados con Moacyr y Bellinzonacchio, el encuentro con el siniestro Bonpland y la vida privada con su enigmática esposa Gudrun. El cambista además demuestra tener un mundo interior de gran riqueza que va mucho más allá de los tipos de cambio. Los pasajes donde relata su participación —presuntamente imaginaria— como representante uruguayo en la Brookings Institution con el nombre ficticio de Policarpo Gómez, son desopilantes⁴⁹. En otro costado impensado, también lo vemos como cantante de coro que se dedica a solfear partituras durante sus estadías en la prisión. Finalmente, las historias que nos relata están cargadas con una mezcla de sentido del humor ácido y fino que generan una sonrisa casi permanente en el lector cuando habla de temas variados como la situación del país, sus operaciones ilegales de cambios, la conflictiva relación con Gudrun, e

49 La Brookings Institution es un *think tank* con sede en Washington fundado en 1916. De corte liberal, dicha fundación discurre sobre temas vinculados a la economía, el gobierno y la política exterior para la promoción de políticas públicas.

incluso en los momentos más duros de la narrativa cuando recibe la visita de Bonpland. Esto es precisamente lo que nos despierta simpatía en el personaje pese a lo moralmente reprobable que sean muchas de sus conductas.

El cambista escribe parado presumiblemente en 1979 cuando, tras veinte años de estancamiento, Uruguay saboreaba las mieles del nuevo modelo económico que había comenzado a instaurarse a partir de 1974: crecimiento del PIB, renacimiento de las exportaciones, libertad para la compraventa de moneda extranjera, y libre movilidad de capitales que permitió un fuerte ingreso de divisas —es decir, endeudamiento externo— para financiar un *boom* de inversión privada⁵⁰. Sin embargo, los hechos posteriores demostraron que el país aun estaba lejos de alcanzar la senda de crecimiento y desarrollo sostenido. Los modelos de política cambiaria aplicados por las dictaduras de Uruguay y Argentina fueron casi idénticos: un esquema de tipo de cambio fijo con minidevaluaciones preanunciadas (en octubre y diciembre de 1978 respectivamente) conocido popularmente como “la tablita”, con la finalidad de contener las expectativas inflacionarias. Ambas políticas fracasaron debido a inconsistencias en su diseño que hicieron fallar el objetivo de reducir la tasa de inflación⁵¹. A su vez, la completa liberalización de los movimientos de capitales dio lugar a un aumento espectacular en la oferta de crédito —fundamentalmente al sector privado— que llevó a un exceso de gasto y sobreendeudamiento externo. Al no ceder la inflación, la contención del tipo de cambio generó un encarecimiento de los precios en dólares cuya contracara fue un atraso cambiario que terminó dañando las expectativas de sostenibilidad de la tablita. La expectativa

50 La contracara fue una caída de los salarios reales por efecto de la alta inflación. Aunque los salarios medidos en dólares tuvieron un incremento significativo debido al tipo de cambio fijo.

51 Pese a la aplicación de la tablita entre 1978 y 1982, la inflación en Uruguay siguió siendo un azote, y esa fue una de las puntas del fracaso. Si bien la inflación fue decreciente durante la aplicación del plan —de 83% en 1979 a 29% en 1982— siempre estuvo muy por encima de la variación del tipo de cambio, lo cual alimentó la sensación de sobrevaluación de la moneda que culminó con un ataque especulativo (en Argentina la sobrevaluación fue aún más pronunciada). ¿Por qué la inflación no bajó más aceleradamente considerando el régimen de tipo de cambio fijo y el equilibrio fiscal que hubo en aquellos años? Una explicación manejada es que la apertura financiera no estuvo acompañada con una apertura comercial acorde. Pese a la eliminación de trabas no arancelarias a la importación, los aranceles permanecieron altos (su reducción fue muy gradual) y ello dio lugar a que en los hechos los bienes importables se comportaran económicamente como “no transables”, de modo que en estos mercados el aumento de la demanda producido por el crecimiento económico no se canalizó por la vía de un mayor volumen de importaciones sino por un aumento de precios (en esta visión, el déficit en la cuenta corriente debería haber sido aún mayor a lo que fue, de modo que pudiera compensarse con el superávit en la cuenta financiera de la balanza de pagos). Por su parte, López Murphy et al, apuntan a que hubo fallas de diseño tales como: i) las restantes variables nominales controladas por la Administración Pública —tarifas y salarios públicos— no estuvieron alineadas a la meta y por el contrario crecieron muy por encima del tipo de cambio; ii) el equilibrio fiscal era insuficiente. Considerando la fase alta del ciclo debería haberse generado un superávit y evitar que el gasto público creciera con relación al PIB; iii) la liberalización financiera irrestricta provocó un crecimiento espectacular de la oferta de crédito externo al sector privado que financió un exceso de gasto, alimentando la formación de una burbuja especulativa en el precio de algunos activos medidos en dólares (típicamente las propiedades). El estallido de la burbuja tras la ruptura de la tablita inexorablemente generó graves efectos negativos sobre el crecimiento, la estabilidad y solvencia del sistema bancario.

de insostenibilidad cambiaria generó un efecto de profecía autorrealizada: se produjo una corrida por parte del público demandando dólares que los bancos centrales pudieron suministrar a los valores tabulados vendiendo reservas hasta agotar su stock; finalmente, en Argentina el quiebre de la tablita se produjo en febrero 1981. Uruguay aguantó hasta noviembre de 1982, cuando las inconsistencias internas de diseño en la política se vieron agravadas por sucesivos shocks externos negativos tanto en el mercado de bienes como en el mercado financiero: deterioro en la relación de términos de intercambio (13,3% entre 1979 y 1983 según Roldós); disminución del volumen de exportaciones por efecto de la recesión que sufrieron los países industrializados entre 1980 y 1982; la propia devaluación en Argentina; el fuerte aumento de la tasa de interés internacional a fines de 1980 que encareció el financiamiento externo; y el default declarado en México en agosto de 1982 que lo terminó de cortar. La crisis cambiaria de 1982 afectó severamente la cartera de activos de los bancos cuyos préstamos estaban dolarizados, y derivó en una crisis de solvencia en el sector bancario.

Este nuevo y triste capítulo de la historia económica del Uruguay recién comenzaba a escribirse cuando se publicó *Así habló el cambista*. El sobreendeudamiento del sector privado, la devaluación tras el quiebre de la tablita y posterior crisis bancaria serían dignos temas para tratar en otra novela económica, donde en lugar de un cambista el protagonista bien podría haber sido un deudor en dólares, un banquero, un importador o un operador inmobiliario. Lástima que Gruber falleció en 1981.

Montevideo, 24 de diciembre de 2019

REFERENCIAS

- Benedetti, Mario. 1961. *El país de la cola de paja*. Ediciones Ciudad Vieja.
- Instituto de Economía. 1969. *Uruguay. Estadísticas básicas*. Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República.
- The New York Times. 25/9/1976. *Financial Intrigue, Mystery Shroud American Bank and Trust Collapse*.
- Davrieux, Ariel. 1977. *Análisis macroeconómico*. Texto elaborado en base a versiones grabadas de cursos dictados en 1975 y 1976.
- Gruber, Juan Enrique. 1981. *Así habló el cambista*. Rosgal Editores (segunda edición).
- Bensión, Alberto. 1984. *El modelo de apertura económica (1974-1981)*. Extraído de Contribución a la historia económica del Uruguay. Academia Nacional de Economía.
- Cancela, Walter; Melgar, Alicia. 1985. *El desarrollo frustrado. 30 años de economía uruguaya, 1955-1985*. Centro Latinoamericano de Economía Humana, ediciones de la Banda Oriental.
- Larraín, Felipe. 1986. *Liberalización financiera en Uruguay: éxito o fracaso*. Primeras jornadas anuales de Economía, Banco Central del Uruguay.
- López Murphy, Ricardo; Nattino, Elbio; Santo, Michele. 1988. *Un ensayo sobre la economía uruguaya en la década de los 80*. Terceras jornadas anuales de Economía, Banco Central del Uruguay.
- Onandi, Dionisio; Vaz, Daniel. 1988. *Reflexiones sobre las crisis bancarias del Uruguay: lecciones e interrogantes*. Terceras jornadas anuales de Economía, Banco Central del Uruguay.
- Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL). 1989. *El control de cambios en la Argentina. Liberalización cambiaria y crecimiento*. Ediciones Manantial SRL.
- Sturzenegger, Federico. 1991. *Descripción de una experiencia populista: Argentina, 1973-1976*. Extraído de *Macroeconomía del populismo en la América Latina*. Compilado por Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards, Fondo de Cultura Económica.
- Roldós, Jorge. 1991. *La crisis bancaria uruguaya de los '80*. Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES).
- Díaz, Ramón. 2003. *Historia económica de Uruguay*. Ediciones Santillana SA.

- Gagliardi, Enrique. 2003. *Macroeconomía de economías pequeñas y abiertas*. Universidad ORT.
- Rojas, Mauricio. 2003. *Historia de la crisis argentina*. Timbro/SFN y Fundación CADAL.
- Schwartz, Pedro. *Oliver Twist, víctima de las leyes de pobres*. Extraído de *Economía y literatura*. Compilado por Luis Perdices de Blas y Manuel Santos Redondo. Editorial del Economista, 2006.
- Maiztegui, Lincoln. 2008. *Orientales. Una historia política del Uruguay. De 1938 a 1971*. Planeta.
- Vargas Llosa, Mario. 2008. *El viaje a la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti*. Alfaguara.
- Chasqueti, Daniel. 2010. *Carreras legislativas en Uruguay: un estudio sobre reglas, Partidos y legisladores en las Cámaras*. Tesis de Doctorado. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.
- Banda, Ariel; De Brun, Julio; Moraes, Juan Andrés; Oddone, Gabriel. 2017. *Historia institucional del Banco Central del Uruguay*. Documento difundido a través del sitio web del BCU.
- Vieri, Pablo. 2019. *Construir Uruguay. 100 años de la Cámara de la Construcción en Uruguay*.
- Polish History Museum. 19/08/2019. *Henryk Gruber's Archive Transferred to Polish History Museum*. [Muzhp.pl/en/c/2055/przekazanie-archiwum-henryka-grubera-do-muzeum-historii-polski](https://muzhp.pl/en/c/2055/przekazanie-archiwum-henryka-grubera-do-muzeum-historii-polski).